

# Un amor en el aire

Alexandra  
Danell





*Uly* **amor**  
ero el

*CLIFE*

*Alexandra  
Danell*



Título: Un amor en el aire

©Alexandra Danell

Primera edición: Mayo, 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)



## Capítulo

### 1

Llevaba toda la tarde atacada de los nervios, mi madre me preparó una tila. ¿Conseguiría eso calmar la ansiedad que tenía? No lo sé, pero sí que me la hizo con todo el amor y el cariño del mundo, como lo hace solo una madre.

— Verás que en poco tiempo ya estas más tranquila.

— No creo, mamá, es una oportunidad única y si no lo consigo, me vendré abajo.

— No, hija mía, si no lo consigues, aquí estaré yo para ayudarte a seguir intentando conseguir un futuro, después de lo que has estudiado seguro que tarde o temprano lo consigues.

— Pero yo quiero este, es de lo mejor, todo el mundo sueña con trabajar en esa aerolínea.

— Bueno, cariño, tu relájate y cómete el mundo en esa entrevista.

— Espero comerme una...

— ¡No seas mal hablada! — me dio una de sus collejas.

— Como salga mal, le lloro y todo al que me entrevistaste.

— Eso nunca, si no saben ver tu talento, ya otros lo verán.

— ¡Qué fácil lo ves! Quiero estar en esa compañía, son las que mejores condiciones tiene y el prestigio es de lo más brillante.

— Bueno, tómate la tila y verás que irás más relajada.

No paraba de mirar el reloj que estaba en la pared de la cocina, los minutos no pasaban y eso me desesperaba aún más.

Un rato después, la tila comenzó a hacer efecto, no me relajó del todo, pero algo consiguió rebajarlo, así que cuando faltaba una hora, me despedí de mi madre dándole un abrazo y me fui en mi coche para las oficinas de AirTak, donde tenía la cita.

Aparqué el coche y me fui andando hasta recepción, me pasaron rápidamente a la entrevista, donde un señor de unos cincuenta años me recibió amablemente,

no sin antes haberme mirada descaradamente de arriba abajo.

Me hizo un interrogatorio que parecía que estaba siendo investigada por algún caso rocambolesco, horas de descanso, hábitos de comida, situación personal, solo le faltó preguntarme si había sido alguna vez infiel.

— Muy bien, señorita, en muy pocos días recibirá una respuesta por nuestra parte.

Me levanté y me despedí dándole la mano.

Resoplé nada más salir de aquel despacho, no me había visto muy mal pero sí que ese hombre era de esos que no mostraban nada, era incapaz de acertar si le había impresionado o no.

Fui hacia la tienda de ropa de mi amiga Alba, tenía ganas de verla, no me apetecía meterme en casa.

— Hola, Amanda. ¡Qué sorpresa! — me dio un abrazo de esos que me llevaba dando desde que éramos unas niñas, ahora ya teníamos las dos 27 años— ¿Qué tal la entrevista?

— Pues la vi bien, pero el hombre que me la hizo era un Playmobil, ni gesticulaba, solo preguntaba continuamente y escuchaba mis respuestas mientras las apuntaba, me dijo que ya recibiría respuesta por su parte.

— Bueno, vamos a tomar un helado, olvídate ya de eso hasta que se comuniquen contigo, disfrutemos de un poco de azúcar para calmar las



penas — dijo dándome una palmada en el culo.

Era mi amiga del alma, esa que siempre sacaba tiempo para escucharme, arroparme y darme apoyo, tenía una preciosa tienda de una cadena importante, contaba con seis empleadas y había triunfado pese a su corta edad.

Nos compramos un helado en una famosa heladería que era toda una exquisitez, yo me lo pedí de pistacho y turrón, era mi favorito, aunque solía cuidarme mucho, de vez en cuando me daba un capricho, luego lo quemaba en el gimnasio, a ese que acudía desde hacía tres años religiosamente, me hacía sentirme mejor conmigo misma, era una parte importante para entrenar mi cuerpo y mi mente.

— Anoche estuve otra vez con Denis...

— ¿En serio? — me quedé muerta, era el amor de su vida, según ella, pero estaba casado — ¿Os habéis vuelto a ver?

— Ajam...

— ¡NO me lo puedo creer!

— Me puso un mensaje por la mañana invitándome a cenar, terminé pasando la noche con él, su mujer estaba afuera por motivos de trabajo.

— ¿Y qué tal?

— Aún estoy temblando —soltó una carcajada que los de la mesa de al lado se quedaron mirando.

— ¡Qué bruta eres!

— ¿Yo? Para nada, bruto él, es un fuera de serie —puso cara de estar en las nubes.

— Pero él no tiene pensamiento de dejar a su mujer. ¿A que juega?

— No lo sé, pero yo mientras no me venga mi príncipe azul, me quedo con mi diablo las veces que pueda, ya quisiera quedármelo para siempre, pero tengo los pies puesto en el suelo, sé que disfrutamos juntos pero que él nunca dejará a su mujer.

— No entiendo a los hombres así —me quejé negando con la cabeza.

— No te preocupes, ya me encargo de entenderlo yo — bromeó sacándome la lengua.

— Necesito ese trabajo — no paraba de dar vueltas a la cabeza —. Sería un gran paso para empezar una carrera laboral importante.

— Como lo consigas, me voy a alegrar mucho, aunque como te toque vuelos intercontinentales, te echaré mucho de menos.

— Nada, Alba, sabes que siempre estaré en mis ratos libres dándote la brasa —me acerqué a darle un beso en la mejilla.

—Lo sé, estoy deseando verte vestida de azafata, vas a romper muchos corazones.

—¡Exagerada!

—Eres preciosa y lo sabes...

—Ya, será que tengo muy asumido que son los ojos con los que me miras.

El teléfono sonó en ese momento, un número raro y largo, me encogí de brazos enseñándoselo a Alba, que me hizo un gesto de que lo cogiese.

—Hola. ¿Dígame?

—Hola, le llamamos de Recursos de AirTak, nos pasan el informe positivo de su entrevista, nos preguntábamos si es posible que comiences el curso de tres días que empieza mañana, una vez realizado, puedes firmar contrato con nuestra empresa.

Casi me da algo, no podía creer que fuese tan rápida la respuesta, me empezó a temblar todo y los ojos se me abrieron como nunca antes lo hicieron. Alba me miraba, esperando impaciente para saber de qué se trataba, ya que mi cara era el espejo del alma.

—Sí, claro, por supuesto.

—Pues le esperamos en nuestro edificio mañana de nueve de la mañana a dos de la tarde, en la entrada le informarán de todo.

—Perfecto, muchas gracias. Que tenga un buen día.

—Igualmente. Felicidades.

—Gracias —colgué y comencé a chillar— ¡¡¡Mañana hago el curso para la compañía!!!!

—¿En serio? —Alba se levantó y nos fundimos en un abrazo y comenzamos a llorar emocionadas.

—No me lo creo. ¿Cómo es posible tan rápido todo? Desde que puse el currículum han pasado cuatro meses, y ahora todo tan seguido... ¡Me muero!

—No te mueras, ahora no. ¡Ahora al aire!

Pasé la tarde con mi amiga, cenamos fuera, antes llamé a mi madre para comunicarle la alegría, lloraba como una enana, ella que tanto había luchado por hacerme una mujer hecha y derecha, ella que lo había dado todo por mí, ahora la había hecho completamente feliz.

Mi madre se había acabado de prejubilarse, tenía 59 años, pero en su trabajo de profesora le dieron esa opción y ella la aceptó. Me había sacado sola hacía delante, mi padre falleció cuando ella estaba embarazada, llevaban casados dos años, fue un duro golpe para ella, pero me sacó a delante. Gracias a Dios

tenía un trabajo fijo y le había quedado la pensión de mi padre, así que en el tema económico vivimos desahogadas.

Desde hacía unos años, ella me ponía en la cuenta todos los meses la mitad de la paga de viudedad de mi padre. Percibía mil novecientos euros y a mí me metía en la cuenta ochocientos, eso me daba bastante independencia. Me sobraba bastante ya que no era derrochona, siempre me daba algún capricho con ropas y usaba en salir, pero no se me iba la mano, había aprendido de mi madre en ese aspecto. Con la muerte de mi padre se le quedó la casa pagada, así que ella siempre ahorró bastante, a pesar de que nunca me faltó un detalle. Cuando cumplí los 23 años, me compró un coche nuevo, un coqueto mini de BMW, en color blanco. Ese día, cuando lo vi en la puerta de mi casa, lloré como una niña pequeña, siempre dije que me gustaba ese coche, pero nunca pensé que fuera capaz de regalármelo, a pesar de que sabía que se desvivía por mí.

Cuando llegué a casa por la noche, me encontré un ramo de margaritas en la entrada, con una nota y un regalito envuelto.

**“Felicidades, mi vida, estoy muy orgullosa de ti”.**

Abrí el envoltorio y adentro había una cajita de joyería, me salió una sonrisa de oreja a oreja, ella tan detallista siempre, había una pulsera de plata rígida, en la parte superior un avión en forma plana, era preciosa.

Fui al salón y ya estaba dormida en el sofá, esperándome, me acerqué a ella y le di un beso en la frente.

—Hola, hija —sus manos agarraron mi cara para besarme en los labios, nunca dejó de hacerlo.

— Mamá. ¡Gracias! Es preciosa —le enseñé mi muñeca con la pulsera ya puesta.

— Fui a buscar un colgante de avión, pero no lo había y me enseñaron la pulsera y sabía que te gustaría.

— Me ha encantado —no paraba de mirarla en la mano.

— Debes acostarte ya, mañana tienes que estar descansada —dijo levantándose para irse ella también a la cama.

— Claro —le di un beso y me dirigí al cuarto.

Di un beso a la foto que tenía en la pared de mi padre, debía darle las gracias también, sabía que desde donde estuviera, nos estaba protegiendo y contento por lo de mi trabajo.

Revisé las redes sociales, como siempre la que se quejaba por todo, la que no dejaba de subir selfies de todas las posturas, la que siempre presumía de amor... me hacía mucha gracia la diversidad de posts que ofrecían cada uno. Yo solía publicar poco, mi amiga Alba sí que me etiquetaba en muchas cosas, pero yo era más recelosa de mi intimidad.

Con los nervios, me costó una eternidad coger el sueño, pero por fin lo conseguí, cosa que no sé a qué hora fue.

A las ocho estaba desayunando con mi madre, ella siempre se levantaba al oírme, me preparaba el desayuno, le gustaba hacerlo, estaba muy feliz, no paraba de decirme lo guapa que estaba, me había estirado la melena como una azafata.

Un cuarto de hora antes, ya estaba entrando por el edificio de AirTak, me dirigí a la recepción y rápido me dijeron a qué planta y departamento ir, así que subí y al llegar me pasaron a una sala donde estaban tres chicas más y una que llegó unos minutos después.

El instructor se presentó y comenzó a darnos las pautas a seguir en cada vuelo, nos ponía mil ejemplos, era muy gracioso, además que su encanto hacía que todo fuera muy monótono y divertido.

Esa mañana se pasó volando, nunca mejor dicho. Por la tarde me quedé en casa, estudiando un montón de pautas que nos habían dado para todo, me reía al recordar cómo nos enseñaron lo de las advertencias de seguridad que se hace al comienzo de cada vuelo, estaba deseando verme en situación.

El segundo día fue igual, aprendimos un montón de cosas y luego nos llevaron a un avión para familiarizarnos con algunos dispositivos, era uno solo para este tipo de prácticas. Luego nos tomaron medidas para el uniforme, al día siguiente nos asignaban un comandante para formar parte de su tripulación, además de firmar contrato y ya saber cuándo empezábamos y qué ruta nos tocaba a cada una, nos advirtieron que comenzaríamos la semana siguiente, cosa que a todas nos alegró mucho, aunque ninguna iríamos juntas, cada una para una tripulación diferente.

Último día de curso, nos entregaron el uniforme y los contratos, a mí me había tocado la ruta de Centro América, volaba los lunes para el Caribe y nos quedábamos hasta el jueves por la noche en un hotel en primera línea de playa, toda la tripulación en un todo incluido, cosa que me emocionó mucho. Así tres semanas seguidas con diferentes destinos de allí y luego descansábamos diez días.

Las condiciones eran buenísimas y el sueldo también, así que me sentí la mujer más afortunada del mundo, me habían hecho un contrato de seis meses, si le gustaba a la compañía, me lo volvían a renovar.

A mi madre, la pobre, le sentó un poco mal. Le disgustaba que me fuera tantos días todas las semanas y tan lejos, pero estaba muy contenta, lo que pasaba era que estaba acostumbrada a tenerme siempre con ella y ahora que se había prejubilado, yo comenzaba a irme, aunque tarde o temprano debía de hacer mi vida.

Aproveché esos días para comprar ropa de playa, además de disfrutar de esos días con Alba, que estaba más nerviosa que yo, feliz, muerta de envidia sana, pero me ponía de los nervios.

El domingo me lo pasé preparando todo, al día siguiente salíamos con destino a Jamaica, al aeropuerto de Montego Bay, nos alojaríamos en Negril, estaba con muchas ganas de conocer la isla de Bob Marley, siempre había soñado con ir a su tumba y esta vez tenía la oportunidad de hacerlo.

Por la noche me acosté pronto, por la mañana debía de estar en el edificio de



la compañía a las diez, de allí saldríamos el comandante y la tripulación en un furgón para el área internacional, el vuelo salía a la una de la tarde y duraría poco más de diez horas.

Me tuve que tomar una tila antes de dormir, pues era imposible, la emoción de mi primer viaje como azafata me tenía a flor de piel, muchas dudas y sobre todo expectación a cómo transcurriría todo.



## Capítulo 2

Llegué al edificio de AirTak, estaba hecha un flan, mi madre me había preparado un desayuno que parecía que iba a la guerra, me veía impresionante con ese uniforme que siempre había soñado ponerme.

Entré y pasé la tarjeta de seguridad y me fui a la zona de confort en la que nos encontraríamos todos, estaba nerviosa ya que no conocía a nadie, esa sería mi primera toma de contacto con la tripulación.

—Buenos días—dije entrecortada desde la puerta de la sala, adentro ya había varios compañeros.

—Buenos días, adelante —respondió una compañera acercándose a mí y me dio dos besos —. Soy Megan —su sonrisa me hizo presagiar que

aquella preciosa chica y yo íbamos a tener muy buen feeling.

—Soy Amanda —le devolví la sonrisa.

—Te toca ser compañera mía —encogió los brazos, sonriendo—. Ven, te presento a los demás de tripulación.

La seguí hasta la esquina donde había dos chicos y dos chicas más, Amanda me presentó a todos.

—Él es Nelson, es de Miami —dijo señalando a un chico rubio que me recordó a Leonardo di Caprio en la película “Atrápame si puedes”, el mismo corte de pelo, cara, ojos, pero más alto. —El morenazo este... debes de tener cuidado con él. dijo señalando al chico de al lado—. Es el terror de las niñas, se llama Efrén y es de Argentina.

—¡Vos sos una boluda!

—Vamos, Efrén, que no estoy mintiendo —sacó su lengua—. Ella es Lizz, es de Italia, por último, Brenda, de Venezuela, pero lleva diez años viviendo en España.

Todos tenían una sonrisa en la boca, me hacían sentir bien, Nelson me sirvió un poco de zumo de naranja natural y me ofreció un sándwich, pero había desayunado tanto que era imposible comer más.

— Buenos días —dijo con alegría una voz masculina desde la puerta.  
¿Cómo están mis chicos?

Me volví y era el comandante, lo primero fue que me sonrojé tanto que quería que la tierra me tragase, ¡cómo le sentaba el uniforme!, vaya cara, cuerpo, sonrisa, ojos, estaba babeando...

— Hola, soy Martín—se acercó, puso una mano delicadamente en mi espalda y me dio dos besos.

— Hola, soy Amanda, la nueva —solté una risa nerviosa.

— Hombre, comandante, qué feliz se le ve —dijo Nelson.

— ¿Qué motivo hay de estar triste? —le guiñó el ojo.

— ¡Ninguno! — Se escuchó una voz de alguien que entraba por la puerta.

— Hombre, el oficial del comandante ha llegado casi puntual —bromeó Martín.

— Hola, me llamo Gabino. ¿Y tú?

— Amanda, me llamo Amanda —dije babeando aun por Martín.

Me aparté a un lado con Megan, los comandantes se pusieron a charlar y a desayunar.

—¿Está buenísimo verdad? —preguntó Megan ante mi asombro.

—Bueno, la verdad es que es muy guapo —respondí tímidamente.

—Está para mojar pan...

Soltamos una carcajada. Megan me recordaba mucho a mi amiga Alba, y ya solo por eso sabía que nos íbamos a llevar bien. Aunque era una descarada como la otra y yo algo más tímida, me gustaba ese tipo de gente que, sobre todo, me hacía reír. ¿Qué era lo mejor en la vida si no eso?

—Yo aún recuerdo la vez que, sin querer, le cogí el culo —dijo Lizz acercándose a nosotras, susurrando como la que cuenta un gran secreto.

—Y tan sin querer —dijo Megan—. Al pobre se le cayó algo y la mano de la loca esta fue, sin motivo, a su trasero —explicó entre risas.

—¡Uy, un mosquito! —exclamaron las dos a la vez, explicándome que esa había sido la excusa que puso en su día para tocarle el trasero al comandante.

Volvimos a estallar en carcajadas. Los demás miraron rápidamente hacia donde estábamos nosotras y, al ver los ojos de él puestos en mí, la risa se me cortó y una sensación extraña me entró por el cuerpo. Serían los nervios por todo lo nuevo que estaba viviendo.

Un rato después, nos dirigimos todos hacia el avión. Me sentía algo menos cortada gracias a mis compañeras, no me trataban diferente por ser la nueva, al contrario, en todo momento pendientes a mí y haciendo que me sintiera

integrada. Se notaba que llevaban mucho tiempo trabajando juntos y me habían dado la bienvenida de una forma muy buena.

Menos Brenda, la venezolana aún no se había acercado a mí. Siempre tenía esa expresión seria, me miraba como con curiosidad, pero se mantenía al lado de los hombres. ¿Recelo?

Me quité esa idea de la cabeza, quizás la chica solo era algo seria, incluso yo era así y seguro que más tímida, pero no quería prejuizar a nadie en los primeros minutos que estábamos juntos. Nos quedaban muchas horas por delante y seguro que, como me dijo mi madre, todo iría bien.

Una vez dentro del avión, no pude evitarlo. Me lo recorrí de arriba abajo, a veces dando saltitos de felicidad sin poder creermme aún que había conseguido estar ahí, por fin iba a cumplir mi sueño.

—¿Preparada para la acción? —preguntó Megan poniéndose a mi lado.

—No —dije mientras, contradictoriamente, afirmaba con la cabeza y un suspiro me salía del alma. Oh, Dios, estaba muy nerviosa.

—Vamos a ello —me guiñó el ojo y nos pusimos en la parte delantera del avión, en la puerta de embarque.

No transcurrió mucho tiempo hasta que los pasajeros comenzaron a entrar. Con cara de emocionados y una sonrisa en la boca al vernos, todos nos daban los buenos días.

Megan y yo permanecíamos una al lado de la otra, devolviéndoles el saludo a

cada uno de ellos para después revisar la tarjeta de embarque de cada uno y ayudar a resolver las pocas dudas que se presentaban.

Tras cerrar la compuerta, revisar que todos estaban correctamente sentados, con los cinturones de seguridad abrochados, el equipaje de mano perfectamente colocado en su sitio y todo en orden... Escuchamos la voz de Lizz dando la bienvenida a los pasajeros al vuelo de nuestra aerolínea.

Cogí aire repetidamente antes de colocarme en mitad del avión para explicar cómo actuar ante cualquier problema. Tenía miedo de hacer el ridículo o meter la pata, pero gracias a Dios, todo fue bien y, cuando terminé y guardé el chaleco salvavidas de prueba, una enorme sonrisa se formó en mi cara.

Sí, era real todo eso y sí, estaba preparada para desenvolverme bien en mi puesto de trabajo. Era mi primer vuelo como azafata de una aerolínea, iba a dar todo lo mejor de mí y todo iba a salir perfectamente.

—Ya lo que falta es un café para el 23b —dije acercándome a Megan tras dejar el carrito de las bebidas en su sitio.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó mientras se ponía a prepararlo.

—Bien, algo menos nerviosa ya.

—¿Solo algo? —sonrió— Te desenvuelves muy bien, no pareces nueva en esto.

—¿De verdad? Pues estoy todo el tiempo temiendo hacerlo mal.

—No lo haces, estate tranquila. Además, tienes porte y eso se nota. Irradías seguridad.

—Irradio de todo menos eso —dije riendo mientras destensaba los hombros e intentaba relajar mi cuerpo un poco, estaba en todo momento en tensión— ¿Cuánto hace que trabajas aquí?

—En esta aerolínea 3 años, pero llevo 7 como azafata. Y la verdad es que no tengo quejas de ninguna, en todas me han tratado muy bien. Eso sí, compaginarlo con la vida personal es algo complicado.

—Eso lo imagino, pero ahora es algo que no me importa demasiado — dije encogiéndome de hombros y cogiendo el café que me daba.

—Eso dices ahora, pero todos los trabajos queman —me guiñó el ojo y me di la vuelta para llevarle el café al pasajero.

El vuelo transcurría sin incidentes, excepto por alguno que otro que estaba más nervioso de la cuenta, pero nada extraño hasta el momento. Trabajar con Megan era bastante fácil, me explicaba todo y no me dejaba sola en ningún momento, siempre le estaría agradecida por eso.

Con las demás compañeras mi relación también era buena, eran todas muy simpáticas, pero Brenda seguía con esa cara de estirada que imaginé que sería la suya de siempre. No se dirigía a mí, así que mientras fuera así, todo estaba bien.

El telefonillo sonó y, como Megan estaba ocupada, me acerqué y lo descolgué.



—Habla, Amanda —dijo rápidamente.

—Hola, preciosa, soy Gabino. Necesito salir de la cabina un segundo, ¿puedes venir?

—Claro, por supuesto —colgué y le comenté a Megan, quien me dijo que fuera yo mientras el segundo comandante iba al servicio, siguiendo el protocolo establecido en ese tipo de situaciones.

Entré en la cabina nerviosa perdida, aquello era espectacular, pero ni siquiera me fijé en los detalles. En ese momento y estúpidamente, yo estaba roja como un tomate y nerviosa por quedarme a solas con él.

—No tardo —dijo Gabino antes de dejarnos a solas.

Junto al comandante, suspiré cuando, emocionada, caí en dónde me encontraba.

—¿La primera vez que ves esto? —su voz interrumpió mis pensamientos. Lo miré tímidamente y sonreí, nerviosa.

—En real, sí —volví a mirar el panel de mandos. Dios, qué de botones...

—Te acostumbrarás, si es que aguantas la presión.

—¿Qué presión? —pregunté con curiosidad, no lo había entendido.

—La de viajar. Es una profesión emocionante, pero nada fácil. La gente

piensa que vivimos muy bien y somos ricos, pero nada más alejado de la realidad —bromeó.

—La gente siempre pensará lo que quiera —respondí quitándole importancia a eso, no era algo que me preocupara demasiado.

—Sí, es cierto. Pero no todos aguantan más de dos o tres vuelos.

—Me ha costado mucho llegar hasta aquí. No es mi intención abandonar rápido —dije con seguridad.

—Eso espero —me miró intensamente y en ese momento sí que me puse más que roja—. Seguro que lo estás haciendo bastante bien.

—Hago lo que puedo, pero iré aprendiendo —¿me temblaba la voz? No me lo podía creer...

—El reto es fácil, Amanda. Seis meses de prueba que, más que para la empresa, es para los trabajadores.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si lo haces bien, te quedarás. Las empresas siempre suelen renovar. Una vez que llegas a entrar, te mantienen. El problema es que no todos, como te dije antes, aguantan la presión. Son demasiados vuelos, horas, días, semanas fuera de casa, lejos de la familia. Celos... cosas así —explicó.

—En parte lo entiendo, pero yo no tengo nada que me ate. Mi madre —rectifiqué—, pero no es un problema.

—¿No hay un novio? ¿Un marido? ¿Un hijo? —sutil forma de enterarse de mi vida, pensé.

—¿Quién dijo hijo? —preguntó Gabino entrando y sentándose de nuevo en su sitio— Dejad de invocar al demonio, lagarto, lagarto...

—Tiene fobia a esas criaturitas adorables —rio Martín ante mi sorpresa por el comentario de Gabino.

—¿Adorables? Demonios son. Todo el día llorando, berreando...

—Hasta que tengas el tuyo y todos te parezcan encantadores.

—No invoques el mal, ¿por qué me odias? —preguntó Gabino realmente descompuesto.

Martín rio a carcajadas y yo tuve que hacerlo con él. El segundo comandante estaba verdaderamente blanco y con los ojos abiertos en una expresión de horror.

Negué con la cabeza mientras seguía riendo y me di la vuelta para salir de la cabina.

—¿Amanda?

Me giré y miré al comandante.

—¿Sí? —pregunté.

—Aún sigo esperando la respuesta.

Me quedé pensativa, sin saber a qué se refería. Repasando mentalmente la conversación que había tenido con él.

—No, nadie —dije cuando entendí a qué se refería.

Salí de la cabina y suspiré de alivio. Ya no lo tenía cerca, ya podía respirar. Pero ¿por qué ese hombre me ponía hecha un flan?

Intenté concentrarme en el trabajo e ignorar lo que ese hombre provocaba en mí sin ni siquiera conocerlo. No me costó demasiado, no paraba en ningún momento y, además, estaba deseando aprender absolutamente todo.

Menos mal que, aunque largo, el vuelo terminó sin complicaciones y con las gracias de los pasajeros mientras, contentos, abandonaban el avión para, la mayoría de ellos, empezar unas vacaciones en esas tierras paradisíacas.

Con todo listo, abandonamos el avión. Nos montamos en una furgoneta que nos recogió en la puerta del aeropuerto para llevarnos al hotel.

Mirando por la ventana, embobada, sonreí. Estaba en Jamaica, mi primera vez como azafata había salido bien y ahora tenía unos días por delante para disfrutar y relajarme.

Miré a mi izquierda cuando noté la mirada de alguien en mí y me puse roja al encontrarme con los ojos del comandante. Tras guiñarme el ojo, apartó la

mirada, dejándome nerviosa y desconcertada.

Jamaica, piensa en Jamaica, me dije a mí misma para olvidar los últimos segundos. Playas, piscinas, relax...

Definitivamente, adoraba mi trabajo.



## Capítulo 3

Cuando llegamos a Jamaica, fuimos directamente hacia el hotel. Con una habitación individual para cada uno y todos los servicios que ofrecía el Todo incluido, no cabía duda que, los días de descanso que iba a permanecer allí, iban a ser más que relajantes.

Era por la noche cuando bajé al restaurante del hotel, habíamos llegado a las 5 de la tarde, hora local de Jamaica, así que cuando me duché y me preparé, ya se había escondido ese sol.

Jamaica, nada menos. ¿Quién iba a quejarse?

—Hola, bella principiante.

Sonreí a Gabino cuando tomé asiento frente a él. Era la última en llegar, todos

estaban ya sentados y bebiendo una copa de vino.

—Me va a costar acostumbrarme un poco a esto —cogí la copa de vino que me ofreció Martín. Le sonreí tímidamente.

—Nunca te acostumbras, pero lo llevarás bien —dijo él.

—Eso si no abandonas antes —dijo Brenda, dirigiéndose por primera vez a mí. ¿Por qué había sonado ruda?

—Espero que no —intercedí—, me ha costado mucho llegar hasta aquí como para abandonar a la primera de cambio.

—A todos nos costó —volvió a sonar hostil—, pero es bueno que la gente se dé cuenta que esto no es como lo pintan. Al principio todos ilusionados, luego...

—La mayoría siguen ilusionados después —la cortó Lizz.

—¿Ilusionados? ¿Aguantando a gente de todas partes? Eso no hay quien lo soporte, tener que ponerles buena cara cuando por dentro los estás mandando a la mierda.

—Que tú seas una amargada, no significa que todos los demás también lo seamos.

Me quedé en silencio, y me di cuenta que todos los demás también.

—Cada día te soporto menos —dijo ella con rabia, levantándose de la

mesa y marchándose de allí.

Permanecí callada, sin entender qué pasaba y cómo actuar. Conocía de poco a mis compañeros, pero más o menos tenía una imagen formada del carácter de cada uno. Y Martín, aunque no había hablado casi nada con él, no lo veía un hombre desagradable.

—Tendrá la regla —dijo Gabino y se ganó una colleja de parte de Lizz, ensalzándose los dos en una discusión sobre el machismo.

—No te preocupes, es mejor ignorarla cuando se pone así. Que es casi siempre —susurró Megan, quien estaba a mi lado.

—¿Qué pasó entre ellos? —pregunté mirando de reojo a Martín, quien, a su vez, me miraba a mí mientras bebía de su copa de vino.

—Ya te contaré —carraspeó ella, estaba claro que algo había pasado ahí y que no podía decírmelo con él delante.

Asentí, deseando ya por saber qué ocurrió. Pero tampoco era tonta, así que algo me podía imaginar.

Miré de nuevo al comandante y vi cómo seguía observándome fijamente, descarado, sin cortarse porque se dieran cuenta o no. Nerviosa y rezando para que no se me notara cómo me afectaba, cogí la copa, dando gracias a Dios mentalmente porque no me había temblado la mano.

Pero aquel tipo me estaba poniendo cada vez más nerviosa. Nunca había experimentado una sensación como esa antes. No estoy exagerando. Hablo muy en serio. No sabía a qué se debía que yo estuviese temblando de esa



forma por dentro. Sería una ilusa y una ingenua si no os dijera ahora mismo que Martín me estaba gustando, pero no iba a hacer castillos en el aire.

Porque a veces la fantasía me había pasado factura. Me ponía a soñar y era peor que la protagonista del cuento de la lechera. Lo que también me estaba sucediendo es que demasiadas cosas habían ocurrido demasiado deprisa en estas últimas semanas. En muy poco tiempo, había logrado un trabajo con el que había soñado durante muchos años, me había esforzado por superar los cursos de prácticas y ahora acababa de cruzar el océano.

Todo era muy excitante.

Pero lo que era una evidencia es que Martín no me quitaba ojo. Me lanzaba miradas furtivas que me llegaban directamente al corazón. Aquel hombre trataba de decirme algo, trataba de hacerme llegar un mensaje que yo aún no sabía descifrar. A veces evadía esas miradas, otras veces no podía hacerlo y entonces me sonrojaba. Él se daba cuenta de mis reacciones y entonces reía sin que nadie se percatara de su juego. Se sabía dueño de aquella situación, maldita sea.

El corazón me latía a cien por hora. Había empezado a sudar y eso significaba que Martín lo estaba consiguiendo, estaba consiguiendo que yo estuviera atenta a él y que sintiera que, de alguna manera, yo le interesaba. Parecíamos dos quinceañeros porque, al cabo de unos minutos, yo comencé a imitarlo. No iba a quedarme atrás. Comencé a lanzarle miradas y de vez en cuando le sacaba la lengua con intención de burlarme de él.

Como si se tratase de un niño pequeño, Martín me seguía el juego, pues

también imitaba cada uno de mis movimientos.

El resto de la mesa parecía no darse cuenta. Es cierto que hacíamos todo lo posible para que Lizz y Gabino no descubrieran nuestro lenguaje secreto. Hacía una noche estupenda. Las estrellas temblaban en el cielo. Parecía el escenario de un cuento de hadas. El alcohol se mezclaba con esa sensación de encantamiento y eso hacía que aquellos momentos en la cena, por muy estúpidos e insignificantes que parecieran, fuesen mágicos.

Cuando sorbía de mi copa, Martín hacía lo mismo y sus ojos se encontraban con los míos, con intención de observarme, de detenerse en mis labios, que se mojaban con la bebida burbujeante. La música reggae sonaba de fondo, animaba y dejaba claro que era la de aquel país, la que todos conocíamos gracias al gran Bob Marley.

Estaba claro que su intención era la de agradar y la de seducirme. Pero yo no era nadie y pensé para mis adentros que Martín habría tenido muchos ligues a lo largo de sus viajes así que yo puse los pies en la tierra. Yo no era nadie especial para él. Sencillamente estábamos jugando porque la conversación que mantenían Lizz y Gabino no nos interesaba. Hubo un momento ya que no pude soportarlo y se lo solté.

—Martín, déjalo ya. Para, por favor. Me estás poniendo muy nerviosa.

—¿Qué quieres que deje? No he hecho nada —dijo él con aire inocente.

—No paras de mirarme fijamente y de sacarme la lengua —le susurré.

—Hago lo mismo que haces tú, Amanda —respondió espontáneamente

esbozando una sonrisa.

—Pero ... has empezado tú. Yo solo te he seguido el juego —repuse yo un poco más seria.

—No bebas más. Estás teniendo alucinaciones. Será mejor que dejes la copa —comentó con ironía.

—¡Qué mentiroso! ¡Qué morro tienes! ¡Eres tú el que me provocas! —elevé el tono de mi voz exagerando la sonrisa de mi boca, una sonrisa que no podía evitar al ver la suya.

Éramos víctimas de ese encantamiento que la noche, cerca del mar, producía en nosotros. Lizz y Gabino se dieron cuenta entonces de nuestro juego.

—Oye, ¿qué pasa aquí? Yo quiero jugar también —soltó ella un poco celosa.

—Nada, que la nueva es un poco traviesa —añadió Martín con las cejas enarcadas y levantando su copa.

—Aquí está pasando algo entre vosotros y yo no me he enterado —intervino Gabino con una sonrisa pícaro.

—No, no pasa nada. Solamente que Martín se quiere quedar conmigo —dije yo con timidez, pero sin apartar la mirada de aquellos ojos preciosos que parecían desnudarme de arriba abajo.

—Llévate cuidado con Martín, que es un peligro —soltó Lizz espontáneamente como si quisiera advertirme de algo.

—Estás de broma, ¿no? Yo soy un ángel. No le digas eso a Amanda que se va a asustar, Lizz— dijo él con gracia.

—Sí, tú eres un ángel disfrazado de demonio. Haz el favor de dejar tranquila a la muchacha, que me la vas a alterar —musitó Gabino manteniendo la misma sonrisa socarrona.

—Está bien. Me quedaré quietecito. Me pondré a mirar las estrellas — mintió porque Martín no me iba a quitar ojo lo que quedaba de velada.

Si he de ser sincera, es cierto que Martín me estaba alterando. Gabino tenía razón. Lo que Lizz y Gabino trataban de decirme era que aquel hombre en el que yo ahora me estaba fijando era un peligro. Sé que estaban de coña. Que todo formaba parte de una broma que había iniciado Martín con aquel juego de miradas, pero algo había de razón en todo aquello.

Sin conocerme apenas, tras intercambiar solo unas palabras a bordo del avión, Martín estaba intentando ser simpático conmigo, demasiado simpático. Cualquiera que estuviera allí se podía dar cuenta de sus intenciones.

En el fondo, yo estaba encantada porque aquel chico, aquel comandante, estaba de toma pan y moja. Lo estaba pasando genial con todos ellos. Hacía mucho tiempo que no vivía una velada como aquella. Pensaba que sí aquel trabajo iba a ser siempre así había tenido muchísima suerte al ser contratada. Me encantaba viajar, me encantaba reírme y estar rodeada de gente divertida. Todo apuntaba a que mi trabajo de azafata iba a tener este aspecto tan divertido.

—Bueno, te dejaré en paz —dijo Martín más relajado.

—No te preocupes. Sé que te estabas quedando conmigo, que querías sacarme una sonrisa con tu juego —le susurré con aire de tontina.

—Sí, algo así ha sido. Se lo hago siempre a las novatas —añadió él sin abandonar ese tono seductor que a mí me ponía tan nerviosa.

—Pero no me importa que lo hagas otra vez —le solté de repente y de forma natural.

Aquella intervención no se la esperaba. Yo también sabía seducir.

—Bueno es saberlo. Lo tendré en cuenta, Amanda, para nuestra próxima cena —musitó él sorbiendo de la copa.

—Veo que os lleváis muy bien —intervino Gabino entre risas.

—¿Por qué me iba a llevar mal con una chica tan guapa y simpática como Amanda? —dijo Martín mirándome cariñosamente.

—Vuelves a las andadas. Deja a la muchacha que la vas a asustar y no va a querer salir más con nosotros —comentó Lizz haciendo de madre protectora conmigo.

—Eres una exagerada. Lo estamos pasando bien. No creo que Amanda sea de las chicas que se asuste con facilidad.

—No, la verdad es que no —dije yo con timidez, sin saber cómo

continuar con aquella frase.

Se podía escuchar el rumor de las olas al fondo. La luz de la luna rielaba sobre las aguas cristalinas. Un coro de voces nos acompañó durante unos minutos. Alguien celebraba un cumpleaños cerca de donde estábamos. La noche seguía siendo mágica para mí.

—Amanda, ¿te está gustando trabajar con nosotros? —me preguntó Lizz cogiéndome de la mano con ternura.

—Mucho. Aunque no te lo creas, es un sueño hecho realidad. Cuando me llamaron estaba con mi amiga Alba y empecé a dar unos botes de alegría tremendos. Ella nunca me había visto tan contenta en mi vida — dije yo con los ojos acuosos.

—Estarás bien. Formamos un gran equipo. Disculpa a Brenda. Tiene un carácter difícil —dijo Gabino sorbiendo de su copa y mirando a la oscuridad de las aguas.

A lo lejos, un barco. El coro de voces se apagó y nos quedamos en silencio. Respiré hondo y volví a mirar a Martín que no me quitaba ojo.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté yo alegre.

—Nada, no pasa nada —dijo él riendo.

—Pues deja de mirarme así. Me pones muy nerviosa. Ya te lo he dicho antes —le reocriminé con ironía.

—No puedo dejar de mirarte —dijo él con una voz tierna y suave.

Aquellas palabras me emocionaron especialmente. “No puedo dejar de mirarte”. Lizz y Gabino no las habían escuchado. Se habían puesto a leer las notificaciones en su móvil. Martín y yo seguíamos mirándonos. No sé, en realidad, qué estaba pasando entre nosotros, pero nunca me había encontrado en una situación así, donde no me incomoda la mirada de un extraño, porque Martín para mí todavía era un desconocido.



## Capítulo 4

Así que a la mañana siguiente fui temprano a desayunar.

Lo que no me esperaba, es encontrarme a Martín allí, sentado en un taburete alto y con los codos apoyados en la barra mientras observaba su taza de café, ensimismado.

— Buenos días —dije acercándome a su lado, podía haber hecho como la que no lo veía, pero no fui capaz.

— Hola —dijo con una enorme sonrisa en el rostro y a mí casi me fallan las rodillas—. ¿Qué haces levantada tan temprano?

— No pude dormir, —dije divertida— ¿Y tú?



—Tampoco —me guiñó el ojo—. ¿Un café?

—Con leche, por favor —dije mientras tomaba asiento en el taburete de al lado y se lo decía directamente al camarero.

—¿De verdad quieres dedicarte a esto? —preguntó de repente, asombrándome.

—¿A ser azafata de vuelo?

—Sí.

—No entiendo por qué todos me preguntáis eso. ¿Tan mala es la profesión?

—No... Pero sí complicada, las mujeres soléis querer otras cosas.

—¿Las mujeres? —pregunté con la boca abierta.

—Sí. Ya sabes: niños, amor, una familia y un hombre que esté a vuestro lado las 24 horas del día —dijo frustrado.

—Eso es muy machista —cogí el café que me trajo el camarero y le eché el sobre de azúcar.

—Puede ser —se encogió de hombros—, pero es la experiencia que he tenido.

—Quizás el problema es que siempre eliges a la mujer equivocada.

—Ojalá me hubieran dicho eso en su día —suspiró resignado.

No me importaba, no tenía que ser una cotilla, pero mi boca funcionaba antes que mi cerebro. Afortunadamente, su móvil sonó antes de que yo soltara alguna perla por la boca y me salvó.

Bajó la mirada hasta él y resopló al cogerlo, sin darme tiempo a ver de quién se trataba. Yo y mi vena alcahueta...

—Tengo que atender la llamada —se levantó y se puso en pie.

—Claro —sonreí, quitándole importancia.

Pasó por detrás de mí y resistí el impulso de girarme para mirarlo.

—Por cierto, estás preciosa por las mañanas.

Su voz en mi oído me erizó la piel y mi cuerpo se tensó. Me giré cuando dejé de notar su cercanía, su aliento en mi cuello... Madre mía, solo con eso ya me había puesto nerviosa para todo el día. Ví cómo se ponía el móvil en el oído y salía del bar. Mis ojos, sin poder controlarlos, volaron hacia su trasero...

—Madre de Dios, ¡qué calor! —susurré.

—Normal, si miras ese culo...

Pegué un bote del taburete, el cual trastabilló y casi caigo al suelo, silla encima.

—Mierda, me asustaste —dije con una mano sobre el pecho cuando conseguí mantener la estabilidad y no hacer el ridículo.

—Ya, claro —rio Megan, negando con la cabeza—. Te gusta, ¿eh?

—¿Qué o quién? —pregunté haciéndome la tonta, eso se me daba muy bien.

—No eres la primera que se fija en el comandante, de hecho, todas lo hacemos nada más llegar.

—Ah... —musité, molesta por el comentario— Como Brenda, supongo.

—Bueno, lo de Brenda fue algo épico —volvió a reír, pidió un café y me miró con cara de pícara— Es una amargada, pero eso ya lo sabías. El problema es que, como todas, se fijó en Martín.

—¿Tú también? —la interrumpí.

—Las primeras horas, una no es de piedra y ese hombre... Está para mojar pan —suspiró— Pero nada serio —rectificó rápidamente, como si mi cara le hubiera dicho que me molestaba el comentario.

Intenté mantener una expresión neutra porque, conociéndome, yo era de las que no sabían ocultar sus emociones, y así me había ido en la vida...

—¿Y qué pasó entre ellos? —intenté sonar neutral, cosa que dudaba haber conseguido.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada —repitió.

—Pues no lo entiendo —fruncí el ceño.

—Pues nada, Amanda. Y ese fue el problema. Ella lo intentó por activa y por pasiva. En el avión, fuera, incluso cuando el hombre bebió más de la cuenta... —zorra, pensé— Si el hombre fuera de otra clase, cogería lo que se le ponía más que en bandeja, pero el pobre ya no sabía cómo decirle que no.

—Fácil, con un no.

—Ni tan fácil, ya sabes que ese tema es algo complicado.

—Imagino —dije sin entender qué tan complicado podía ser, aunque podía imaginar algo.

—Y ya él tuvo que ser claro y directo, ella pidió el traslado a otra compañía, está esperando conseguirlo. Y así está... Amargada.

—Despechada más bien.

—Él solo dijo no —¿y yo por qué estaba justificando nada?

—En realidad, más que un no —Megan explotó en una carcajada—. Nunca olvidaré esas palabras. Brenda, ni borracho, ni drogado ni en mis peores pesadillas, se me ocurriría, ni siquiera, imaginar follarte.

—Joder, eso es grosero —puse cara de horror, pero no tuve más remedio que romper a reír, como ella.

—Se pasó, pero el hombre estaba hasta las narices de que lo persiguiera.

En ese momento apareció ella y se sentó a nuestro lado. Carraspeé, extrañada por su compañía, aunque ni siquiera había dado los buenos días. Intenté entenderla, cómo debía de sentirse y ponerme en su piel, pero me pasaba como a Megan, según lo que me había contado, el comandante había tenido demasiada paciencia con ella.

Poco a poco comenzaron a llegar los demás y acabamos sentándonos en una mesa a desayunar. Las risas y el buen rollo que había entre todos, menos con la amargada, me encantaba.

Miré varias veces a la puerta, pero Martín no aparecía. Y, aunque suene tonto, lo echaba de menos, ¿cómo era eso posible? Simplemente me gustaba mirarlo...

—¿Bikini y piscina? —preguntó Gabino sacándome de mi atontamiento.

—¿Tú en bikini? ¡Eso quiero verlo! —reí.

—¿Yo? Hasta con un tanga de leopardo si hace falta para poder contemplar esos cuerpos que tenéis.

—Eres un salido —la mano de Lizz fue directamente a su nuca.

—Joder, golpeas más fuerte que un tío —se quejó él tras el guantazo que le propinó ella.

—Machista... —refunfuñó ella para volver a ensalzarse los dos en una pelea por el mismo tema.

—¿Siempre están así? —le pregunté a Megan.

—Hasta que superen la tensión sexual que hay entre ambos... Es lo que nos queda —resopló indignada.

¿Tensión sexual? Los miré y observé cosas que no había visto antes entre ellos. Vaya, vaya..., sonreí.

—¿Te pondrás el bikini o no? —preguntó Gabino resignado.

—Nada de bikinis, tenemos que irnos.

Todos miramos al comandante cuando habló, apareciendo de la nada.

—¿A dónde? —preguntamos todos a la vez, cuando dijo todos, la amargada no está incluida.

—Nos espera el furgón privado —dijo él.

—¿Para qué o qué? —volví a preguntar.

No hubo respuesta, solo una sonrisa en sus labios y una preciosa mirada.

—Os veo en media hora en recepción —me guiñó el ojo y salió del restaurante.

Todos nos levantamos y nos dirigimos a nuestras habitaciones a coger lo necesario. Yo más nerviosa de lo normal, ¿a dónde nos llevaría?





# Capítulo 5

Me cambié de ropa, me dejé el bikini rosa palo y blanco que llevaba, me puse un traje corto blanco de tirantes, unas chanclas un poco formales y en mi bolso metí las cosas que podrían hacerme falta, cartera, móvil, un poco de protección solar, las gafas de sol y la tarjeta de la habitación del hotel.

Me dirigí al Lobby que es donde habíamos quedado.

Allí al fondo estaba Martín, con unas bermudas de vestir blancas y una camiseta negra, al igual que las chanclas. Estaba de muerte, ya me estaba poniendo de nuevo nerviosa.

En sus manos, sostenía una botella de cerveza, con el limón dentro.

—Así me gusta, que llegues la primera.

—Perdona, el primero eres tú— le saqué la lengua.

—Ya, pero yo soy el comandante y ustedes mi tripulación, así que la primera que ha llegado de “mi tripulación” eres tú —me guiñó mientras sonreía de forma sensual.

— Una cerveza, por favor —dije al camarero, señalando la de Martín, para que supiera que la quería igual —Pues entonces visto así, sí que he sido la primera. Por cierto, es alucinante la humedad y el calor del caribe.

—Te terminas acostumbrando, y como vas a estar viniendo muy seguido, ya tu cuerpo cada vez lo asimila mejor, hasta que se hace con él.

—Espero que me acostumbre pronto —puse cara de desesperación, ese calor me estaba matando, me sentía sudada todo el día.

De repente llegaron los demás, se pidieron una cerveza y nos la tomamos mientras Brenda tenía una cara de estar más que amargada, quería llamar la atención a toda costa.

Nos fuimos al minivan que vino a recogernos, el chofer era muy simpático, todo lo hablaba en inglés, menos mal que todos hablamos ese idioma, pues si no, en esa isla terminabas hablando solo.

—Esta isla es un peligro, una lástima con lo bonita que es —dijo Efrén.

—¿Peligro? —pregunté mientras él me señalaba un bate de beisbol que llevaba el conductor junto al freno de manos.

—Aquí hay mucha delincuencia, hay muchos sitios que no se deben de pasear y sobre todo ir con gente local de aquí, pero de confianza, como el chofer que llevamos.

—Me estas cagando —solté ante la risa de todos al escucharme esa expresión.

—No es para tanto, vamos a sitios concretos y seguros —Martín quería tranquilizarme —Efrén es un bocazas...

—Sabes que no lo soy, pero bueno, vivamos la aventura.

Una risa nerviosa salió de mi boca, no sabía si reír o llorar, pero bueno iba a intentar disfrutar y confiaba que el comandante no haría nada por poner en peligro a su tripulación, o de eso me quería convencer yo para relajarme.

Llegamos a ver la tumba de Bob Marley, el mausoleo estaba en la casa en la que él vivía de joven, un lugar visitado por todos los turistas que pasaban por la isla, sin dudas, la mayor parte del turismo, lo hacía por poder ver ese sitio, en el que se había criado el gran Bob y donde hoy en días descansaban sus restos.

Me sentí feliz de poder haber visto eso, luego nos llevaron a Kingston, la capital de Jamaica, donde vivió Bob durante sus últimos años, donde aún se mantenía todos sus discos y muchas cosas de él.

Ese día me sorprendí de haber conseguido ver y vivir algo que jamás estuvo en mi mente, había estado al lado de sus restos y en las dos casas que había vivido a lo largo de su vida, la primera apartada en Nine Milles y la otra en la capital de la isla.

El camino llevó sus horas, pero todo por la selva, sorprendente verse metido allí en medio de la nada.

Cuando regresamos al hotel fuimos directos a cenar y reventados, entre el Jet Line y el cansancio de ese día, nos fuimos directos a dormir.

Por la mañana me fui a desayunar, ese día lo íbamos a pasar en el hotel, habíamos decidido descansar, así que eso hicimos, tomar copas, piscina, playa y relax.

Martín se pasó el día bromeando conmigo, le gustaba buscarme la lengua y que yo le contestara de forma imprevista y descarada, eso hice todo el tiempo, demostrarle que podía con él.

Brenda desde el desayuno se apartó de nosotros, quería llamar la atención, se pensaba que alguien iría a buscarle, pero ese alguien, parecía estar más pendiente a mí que a otra cosa.

Estuvimos de locos por el hotel hasta las 12 de la noche que nos fuimos a dormir, yo cada vez, estaba más pillada por Martín, me costaba separarme de él, esa noche me costó coger el sueño.

Por la mañana en el desayuno, todos estaban diciendo que se quedaban de relax que al día siguiente había que volar.

—Pues a mí me apetece irme por la isla. ¿Te apuntas? —me preguntó Martín.

Pues claro que me apetecía, irme a solas con él, aunque me daba corte y me sonrojé como una niña.

—Claro, yo nunca estuve aquí, me encantaría ver más cosas.

En ese momento Brenda se levantó enfadada y se fue del buffet, los demás nos miraron y comenzaron a reírse por los ataques que le daba a esa chica.

—Pues vamos, si ya has acabado, vámonos, afuera tengo al chofer.

—Sí, ya he acabado, vamos. —Dije mientras me levantaba y me despedía de los chicos, que reían y me deseaban suerte descaradamente.

Salimos hasta el coche, esta vez cogió el chofer uno más pequeño, solo íbamos los dos, nos sentamos en el sillón de atrás y nos llevaron a un lugar cercano con mucho encanto, un bar al lado de unas cascadas, nos pedimos dos cervezas y nos sentamos ante aquella maravilla.

Empezó a comentarme muchas cosas del país, estaba muy puesto en ese tema, me contó muchas cosas que me impresionó, pero que eran esenciales para conocer un poco más esa cultura.

De allí nos fuimos a comer a un restaurante en una playa, el lugar era otra belleza, la música siempre patente en todos los sitios.

—Entonces ahora vas a conocer casi todo Centro América.

—Eso parece —me encogí de hombros.

—Todo tiene su peculiaridad, eso que siempre se te quedará grabado en las retinas.

—Es verdad, además que todo tiene su encanto.

—Claro, eso nunca lo dudes.

—Una pregunta. ¿Da tiempo a recuperarse entre viaje y viaje?

—¡Claro! Cada vez más, es otra de las cosas a las que te terminas acostumbrando.

Me encantaba charlar con él, nos quedamos ahí toda la tarde, se comportó respetuosamente a pesar de lo que llegaba a intimidar con sus gestos de cara, a mí me tenía embelesada.

Antes de irnos, me robó un beso, no sé cómo, pero fue justo al girarme, ya lo tenía encima, luego se apartó como el que no quería la cosa y con su mano me invitó a pasar hacia el coche.

La vuelta la pasé colorada como un tomate, aquello que había pasado no me lo esperaba, me había robado un beso, me había dejado en una nube...







# Capítulo 6

Intentaba hacer mi trabajo como debía, pero no podía evitar que mi cabeza estuviese en otro sitio. En ese momento, en cabina, con el comandante. Martín...

Me había besado y eso no era fácil de borrar de una mente como la mía, sobre todo por todo lo que ese momento efímero había provocado en mí. Era algo más que simples mariposas en el estómago, ese hombre realmente me gustaba. Y demasiado.

Y el beso...

—Cambia la cara que tienes.

—¿Qué cara? —pregunté bajando de las nubes y mirando a Megan.

—La de idiota enamorada —resopló—, se va a dar cuenta todo el mundo.

—No sé de qué estás hablando —le di la espalda y seguí organizando el carrito de las bebidas.

—No, claro que no. Es mejor hacerse la tonta. Pero créeme, intenta disimularlo al menos, ya que él no lo hace.

Giré la cabeza y la miré.

—¿De qué hablas?

—Amanda, aún no nos conocemos mucho, pero lo que pasa entre Martín y tú es evidente. No voy a opinar ni a juzgar nada, pero sí a aconsejarte que, al menos, intentes disimularlo un poco.

—Solo me cae bien, un tonto sin importancia.

—Sin importancia... nada más que quitaros la ropa, ¿no? —rio.

—Te equivocas —negué rápidamente, escandalizada, pero la imagen ya se había creado en mi mente. Martín sin ropa... Madre del amor hermoso.

—Tíratelo, tú que puedes. Pero que no afecte a tu trabajo —me guiñó el ojo, cogió el carrito y marchó por el pasillo, ofreciéndoles las bebidas a los pasajeros.

Estábamos en el vuelo de vuelta hacia España, ya quedaba poco tiempo para aterrizar y el viaje se me había pasado rápidamente. Estar pensando en Martín, lo había hecho posible.

Con un aterrizaje perfecto y la despedida de los pasajeros, abandonamos el avión. Cada uno hacia su destino. Martín casi ni me miró, hasta el momento en el que se fue, cuando, tras un guiño de ojo y una sonrisa torcida, se despidió de mí.

Llegué a casa agotada y me abracé a mi madre con fuerza, hasta ese momento no había sido consciente de cuánto la había echado de menos.

—Oh, cariño, te eché de menos —dijo poniendo voz a mis pensamientos.

—Y yo a ti —le di un beso y caí desplomada en el sofá—. ¿Todo bien por aquí?

—Sí, nada nuevo, pero la casa estaba muy solitaria sin ti —se sentó a mi lado.

—Normal, faltaba la loca —bromeé.

—Cuéntame. Cómo fue todo, quieres seguir con esto...

—No entiendo por qué todos habláis de lo mismo —la interrumpí—, cualquiera diría que estoy trabajando como mula para la mafia.

—Imagino que todos vemos esto como una profesión difícil.

—Es cansada y quemará, como todas. Pero la verdad es que la experiencia ha sido increíble, ojalá y cuando terminen los meses de prueba, me acepten.

—Eso ni lo dudo, ¿dónde van a encontrar a alguien como tú?

—Como yo, no sé, pero mejor, seguro —reí. Para mi madre, era la mejor, claro.

—No digas eso —me recriminó—. Te traigo algo de beber y me cuentas todo. Pero con lujo de detalles —advirtió mientras desaparecía por la

puerta de la cocina.

¿Con lujo de detalles? Ni en broma. Al menos no todo, no iba a hablarle de Martín ni de lo que yo, tontamente, estaba empezando a sentir por él. No pensaba contárselo a nadie, era mi vida privada. Además, ¿qué iba a decirles?

***“Me he enamorado”.***

Solté el móvil en la mesa cuando escribí el mensaje a mi amiga Alba. Ya se había ido al garete el no contarle nada a nadie.

***“¡¡¡¿Que te qué?!!!”***

Su respuesta fue instantánea y sonreí maliciosamente porque no pensaba responderle a los mensajes. Que se comiera las uñas y se quedara con la intriga hasta que la viera.

Mi madre llegó con un té helado y comenzó el interrogatorio. Dos horas después, cuando ella ya conocía al resto de la tripulación mejor que yo, conseguí levantarme y poder darme una ducha, ponerme mi pijama de ositos (muy infantil que era yo) y medio tirarme en el sofá a vagar todo lo que restaba de día.

Cuando volví a abrir los ojos, volvía a ser de noche, me había quedado dormida sin darme cuenta y tenía el móvil repleto de mensajes.

***“A mí no me dejes con la intriga, pedazo de idiota”.***

***“Amanda, te juro que como no me cuentes, te dejo de hablar”.***

***“Joder... ¿quieres hacer el puñetero favor de decirme de quién?”***

***“Te estás quedando conmigo, ¿verdad?”***

***“Tienes 10 minutos para responderme o te juro que aparezco en tu casa en menos de lo que canta un gallo”.***

***“Tener amigas para esto... mala pécora”.***

Reí con los mensajes de Alba, pues sí que la había dejado intrigada. La pobre no solo se habría comido las uñas, si no que ya no tendría ni dedos.

Aun sonriendo, le escribí.

***“En media hora en el bar de siempre”.***

***“Ya tardas”.***

Reí a carcajadas ante su respuesta inmediata. Me arreglé y salí a encontrarme con ella, tenía claro que iba a ser mi paño de lágrimas. Porque que lo de Martín no se acabaría ahí, era evidente, al menos por mi parte.

Cuando llegué al bar donde siempre nos veíamos, ya estaba ella allí, mordiéndose las uñas. Levanté la mano para callarla cuando la vi abrir la boca y dije rápidamente:

—Martín, el comandante de la tripulación —tomé asiento frente a ella y le pedí una cerveza al camarero.

—Claro, también te ibas a fijar tú en un simple operario de las pistas...

—No digas tonterías, sabes que yo no soy así.

—El comandante...

—Sí.

—¿Eso quiere decir que vas a seguir trabajando en esto?

—¿Pero qué puta manía tenéis todos con ese tema? ¡Ni que me estuviera prostituyendo! —exclamé y a la mierda quienes me miraban con curiosidad, es que hasta yo perdía los papeles y me volvía ordinaria.

—Oye, cálmate, solo era un comentario. A lo que me interesa, ¿cómo te vas a enamorar en dos días?

—Fueron más de dos —me defendí.

—Ni en dos meses, a ti se te va la pinza. Eso no es amor, eso es...

—Encoñamiento —dije a la vez que ella, con la de veces que repetía lo mismo...

—Entonces no lo llares como no es.

—Ya sé lo que es, pero es que ese hombre... No sé, Alba, tiene algo especial.

—Sí, una profesión cliché.

—Me fijé en él antes de saber cuál era su puesto en la tripulación — volví a defenderme, ¿por qué hacía eso?

—Tampoco era muy difícil de averiguar si vestía uniforme —resopló y me hizo sentir idiota porque, en el momento en que lo vi, ni de eso me di cuenta—. ¿Te lo tiraste?

—¿Ahora quién es la idiota? —el camarero trajo la cerveza y me bebí media de un trago.

—Sí, la verdad es que no sé para qué pregunto sabiendo lo mojigata que eres.

—Yo no soy mojigata, solo que no me tiro a todo bicho viviente como tú.

—Yo solo experimento hasta encontrar el amor.

—Tú eres un putón —reí.

—Sí, eso también —rio conmigo—, pero al menos no tengo esas fantasías idiotas sobre el amor ni esas tonterías.

—Algún día te enamorarás y ya te diré.

—Uy, calla. Lagarto... —tocó la mesa de madera con los dedos cruzados y su cara demostraba horror— ¿Dónde vive?

—No sé mucho de él —reconocí.

—Uy, eso me lo sé. No le pediste el móvil ni nada, ¿verdad?

—Pues claro que no —exclamé, horrorizada.

—Joder, Amanda, ¿cuándo aprenderás? —negó con la cabeza y la ignoré, no tenía por qué responder a eso, ambas sabíamos que nunca lo haría, en momentos así, mi timidez me superaba— Entonces, ¿cuál es el plan?

—¿Qué plan? ¿De qué hablas?

—Dios mío, dame paciencia... —miró al cielo pidiendo ayuda y yo rodé mis ojos— Pues el plan: acostarte con él y olvidarlo cuando te aburras, tirártelo, follártelo...

—Todo lo que dices viene a ser lo mismo.

—Sí, lo sé. Y mejor eso a lo que vas a hacer.

—¿Y qué se supone que voy a hacer?

—Pues conociéndote, pasarás estos días que estás lejos de él como una tonta enamorada, recordando lo que pasó entre vosotros.

—No pasó nada —le recordé.

—Exacto, por eso decía. Nada, recordando la nada mientras te montas la película en la cabeza y te recriminas a ti misma que ni siquiera tienes



su número de teléfono y esperando a que llegue el día en el que embarquéis de nuevo para volver a verlo y rezando para que, en el próximo viaje, sí ocurra algo.

—Al menos algo más que un beso... —me mordí la lengua, pero ya era tarde, ya lo había soltado.

—Está claro que tengo razón —rio a carcajadas y yo quise matarla allí mismo.

—No pasará nada de eso porque no pienso comerme la cabeza por él.

—Ay, Amanda...

—¿Qué? —pregunté reticente.

—Qué poco te conoces.

Esa noche tuve que darle la razón a Alba, realmente no me conocía bien o, al menos, no tan bien como parecía ser que ella me conocía a mí. Porque eran las 3 de la madrugada y yo estaba sentada, recordando el maldito beso, con su imagen en mi mente y llamándome imbécil por no poder tener un medio para saber de él.

A idiota, no había quién me ganara.





# Capítulo 7

Ya habían pasado cinco días, estaba de camino al edificio de AirTak, nerviosa por encontrarme de nuevo a Martín, aquel hombre que no había conseguido quitar de mi cabeza.

Saludé a todos, menos a Brenda que aún no había llegado. Martín no dejaba de mirarme, se notaba a leguas que estaba deseando decirme algo. Me serví un zumo y me hice la sueca, como si estuviera normal, como si no me pusiera nerviosa el simple hecho de tenerlo frente a mí.

—Putos días, qué pronto corren, de nuevo aquí —dijo Brenda enfadada como siempre, entrando sin saludar, quejándose de volver.

—Siempre puedes dejarlo —soltó Nelson descaradamente.

—Cuando encuentre algo mejor —sacó su dedo y se quedó tan pancha.

Todos se reían, la verdad que la chica daba el cante, era imposible que no llamara la atención con sus cosas.

Nos fuimos en el furgón para la terminal y de ahí nos metimos en el vuelo. Esta vez el destino era Republica Dominicana, especialmente Punta Cana.

El vuelo se lo paso Megan contándome un montón de cosas que había hecho esos días, parecía que habíamos tenido un mes de vacaciones, pues vaya si le dio tiempo a hacer cosas, cosa que yo, me lo pase tomando algo con Amanda y quedándome en casa disfrutando de la gastronomía y amor maternal.

Llegamos al destino, otra vez esa humedad, estaba deseando llegar al hotel y cambiarme de ropa, ante ese clima, lo mejor era la comodidad.

Brenda no apareció por la cena, estaba en su plan, en su línea, en esa que ya todos conocían bien. Después de cenar, nos despedimos todos, ya que querían descansar.

Estaba sentada en mi cama, sobre mis piernas cruzadas y no paraba de suspirar. Me sentía demasiado nerviosa, acelerada, necesitaba tomar el aire.

Me levanté de un salto y me puse el bañador y un pareo encima, quizás el silencio de la noche junto al mar me ayudara a relajarme.

En cinco minutos ya estaba allí, respirando el olor a sal, tumbada en una hamaca a pie de playa. Las antorchas artificiales hacían del paisaje un entorno romántico. Qué pena disfrutar de todo eso sola, pensé a la vez que suspiraba.

—No estás sola.

Me sobresalté al escuchar su voz a mi espalda, lo miré avergonzada porque hubiera oído mi desafortunado comentario.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mientras agradecía estar en la oscuridad y que no pudiera notar cómo de roja me había puesto, me ardía la cara.

—Te vi desde la ventana —señaló a lo que imaginé era su habitación— y decidí acompañarte. Espero que te guste —dijo ofreciéndome una copa.

—Gracias —me acomodé mejor y acepté la invitación.

—¿Estás bien? —se sentó en la misma hamaca que yo, demasiado cerca...

—No podía dormir —bebí un poco del mojito con la pajita y torcí el gesto—. ¿Me quieres emborrachar?

—No tiene tanto alcohol —rio—. Y lo que me gustaría hacer contigo, prefiero que sea cuando no estés bebida.

—¿Y qué te gustaría hacer? —pregunté envalentonada por el alcohol que había tomado durante la cena. Me iba a arrepentir de esa pregunta, seguro.

—Más de lo que debería —su voz ya ronca, mis piernas... temblando—. Estoy casado —soltó así, a bocajarro. No solo me atraganté, si no que todo el mojito que estaba en mi boca salió, derramándose por mi garganta.

—Me alegro por ti —dije irónicamente.

Mierda, ¿en serio había dicho eso?

Sí, lo hice, pero joder, dos segundos antes estaba ligando conmigo y después me soltaba que estaba casado. A la mierda todo.

—¿Realmente lo haces?

—¿El qué? —pregunté sin entender.

—Alegrarte...

—La verdad es que ni me importa —mentí.

—¿Qué es lo que no te importa?

—Tu matrimonio, tu vida —me iba a llevar el Oscar a la mejor embustera porque en ese momento solo quería desaparecer—. No me interesa, ¿por qué demonios me lo cuentas?

—Imagino que porque debes de saberlo.

—¿Por qué? Tú y yo no somos nada, ni siquiera amigos. Solo compañeros de trabajo. Es tu vida privada —me encogí de hombros.

—No somos nada... Por ahora —dijo muy serio.

—Y ahora sí que no lo seremos. Yo no destrozó matrimonios felices.

—¿Feliz? Eso es decir demasiado, ¿no? —contestó amargamente.

—¿No eres feliz? —ya me entró la curiosidad.

—Quizás algún día te cuente qué tal soy como esposo, como padre...

—¿Tienes hijos? —lo interrumpí.

Uno, la vida no se portó tan mal conmigo.

—Eso parece... —no podía evitar ser irónica, tenía que irme de allí—  
Creo que ya me está entrando el sueño. Gracias por la copa —la dejé en el suelo, al lado de la hamaca e hice el amago de levantarme—, que descanses.

—No te vayas —agarró mi mano con fuerza, sin dejar que me levantara.

—Martín, yo...

—Amanda, solo quédate —suplicó.

—Yo no soy el segundo plato de nadie.

—Parece que todavía no entendiste nada —resopló y se abalanzó sobre mí.

Su boca sobre la mía, con la misma ansiedad que yo sentía por tenerlo a él cerca. Gimió ante el contacto con mi lengua y separó nuestros labios.

—No tengo derecho a pedirte esto, pero quédate conmigo.

—No soy mujer de una noche —negué inmediatamente.

—Créeme, eso lo sé.

Volvió a besarme, esta vez más tranquilo y yo sabía que tenía que terminar con eso, levantarme y no volver a pensar más en él. No era mi estilo estar con alguien casado, pero mi cuerpo mandaba en ese momento, agarraba su pelo, acercándolo más a mí. Mierda, todo era culpa del alcohol.

—Ojalá tuviera el valor para pedirte que pasaras la noche conmigo —susurró sobre mis labios—, pero no me conformaría con solo una noche.

Cerré los ojos con fuerza. No podía pedirme eso. Yo sí me había fijado en él, pero era libre. Él no. Era un hombre casado.

—Martín, yo...

—Nunca hice esto, Amanda. Sé que está mal. Pero contigo no puedo evitarlo. No sé qué ocurre entre nosotros, pero sí que quiero más.

—No eres libre.

—No pienses en eso —agarró mi cara con las manos—. Aquí, ahora, sí lo soy.

—¿Y mañana? —pregunté con tristeza.



—No lo sé —tragó saliva—. Ahora mismo no puedo prometerte nada.

—Nada más que una noche de sexo —no sabía de dónde sacaba la fuerza para hablar ni dónde había ido mi timidez. Lo mejor era marcharme de allí, pero no era capaz de hacerlo.

—Esto no es solo sexo, los dos lo sabemos. Pero...

—¿Pero...? —insistí.

—Es lo único que ahora mismo te puedo dar.

Me quedé mirándolo a los ojos y lo único que vi fue sinceridad. Yo me sentía idiota, quizás debería de sentirme como una cualquiera, una más de una lista de amantes que era muy larga, seguro, pero no era así. Lo estaba creyendo, que yo era especial, que algo extraño ocurría entre nosotros. Y que iba a caer, iba a sufrir y me iba a arrepentir.

Definitivamente, tenía que irme. No podía jugar a eso. No yo...

—Entonces haz que deje de pensar —susurré, terminando así con mis dudas y arriesgándome a una sola noche de sexo.

Iba a arder en el infierno por eso.

Sonrió ampliamente, se levantó y me ofreció su mano. La acepté y lo seguí hasta su habitación. Temblé al entrar, pero su abrazo me hizo sentir mejor.

—Entonces no pensemos —dijo antes de volver a besarme.

Me estaba derritiendo por momentos, mi mente ya no funcionaba, solo mis deseos de estar con él.

Ni siquiera fui consciente de que me desnudó hasta que sentí su pecho desnudo

unido al mío y un escalofrío me recorrió ante su calor.

—No debería hacer esto —me quejé cuando nos tumbamos en la cama, él desnudo, encima de mí.

—No, no deberíamos. Pero yo no quiero parar —dijo seriamente.

—Yo tampoco —reconocí y abrí mis piernas, diciéndolo todo con ese gesto.

No podía creer lo que estaba ocurriendo entre nosotros, sabía en qué iba a acabar todo eso, yo había ido sabiéndolo. Y estaba deseando que ocurriera.

Y aunque para mí todo aquello era más emocional de lo que debería admitir y debería de sentirme culpable, en ese momento era feliz sintiéndolo mío. Cuando entró en mí, creí perder la razón. Cada beso, cada caricia, cada movimiento lento de nuestros cuerpos unidos... Sudábamos y gemíamos como si nos faltara el aire, hasta que el orgasmo llegó, letal.

Cayó desplomado sobre mí, ambos temblando.

—Dios mío... —suspiró sobre mi cuello, lo besó y se colocó a mi lado — ¿Estás bien? —preguntó acariciándome la cara.

—Sí, pero cansada —sonreí—. Creo que es hora de que me marche.

—No. Quédate aquí, quiero tenerte cerca.

Suspiré y lo miré fijamente a los ojos.

—Necesito estar sola, Martín —me acerqué a sus labios y le di un pequeño beso.

—Pero...

—Todo está bien —le aseguré.

Me levanté y me puse la ropa de nuevo y con una sonrisa salí de la habitación.

Llegué rápidamente a la mía y caí sobre la cama. Era una contradicción de emociones. Era casado, me había acostado con él, me sentía mal, por una parte, pero por otra... ¿Cómo hacerlo cuando me había enamorado de él?

Ese pensamiento me hizo abrir los ojos de par en par y gemir por el miedo. Ahora sí que la había fastidiado. Me había enamorado de un hombre casado.

Me senté en la cama de un salto. Mierda, otra noche sin dormir.

El nuevo día fue de lo más cómico, nadie apareció en el desayuno, excepto Martín, los demás no sé cómo lo lograron, pero seguían durmiendo.

Martín se pasó el desayuno acariciando mi pierna con la suya, me ponía muy nerviosa, él jugaba a eso, sus gestos y palabras lo dejaban latente.

Nos fuimos a la barra de dentro de la piscina, nos pedimos dos de ron con cola, cosa impensable en España a las diez de la mañana, pero aquel sol y aquel calor, no invitaban a otra cosa.

—¿Vas a dormir esta noche conmigo?

—No... — solté una carcajada.

—Ya lo veremos, al menos un rato sí que vendrás a mi habitación.

—¿Me estás pidiendo otro polvo?

—Algo así como que pases otro rato conmigo.

—¡Eres un descarado!

—Pero te gusto —su sonrisa me derretía.

—Solo para un ratito —dije chuleando.

—Pues esta noche te quiero un ratito... Bueno, miento, te quiero siempre, pero sé que no te quedarás conmigo, así que me conformo con un ratito.

—Te costará convencerme —le saqué la lengua.

—Bueno, tengo mi as guardado en la manga...

—¿Qué manga? Si estás a torso descubierto... — bromeé.

En ese momento llegaron Lizz y Efrén, luego fueron llegando los demás, Brenda incluida, con una cara de Barbie amargada que no podía con ella.

Nos pasamos los cuatros días metidos en el hotel, salíamos a Plaza Bávaro a tomar o comprar algo, pero realmente en ese viaje estuvimos todo el día de playa, copas, comidas y relax.

Por las noches siempre terminaba en la habitación de Martín, me perdía en sus brazos y luego regresaba a mi habitación, estaba muy pillada con él, además que se pasaba el día entero mandándome miradas con mensajes y bromeando, me tenía en una nube.

Cuando nos metimos en el avión de regreso, me di cuenta de que lo iba a echar mucho de menos...

Aterrizamos en España, me despedí de todos y me fui con una sensación de tristeza indescriptible.

Mi hogar, mi madre, mi amiga, todos me cobijaban, pero nadie podía quitarme el dolor de sentir que lo echaba de menos, dolía y mucho, estaba loca por

montarme en el avión para volver a estar a su lado, era lo que sentía en los días de descanso, esas ganas de que terminara las mini vacaciones y volver al trabajo.

Así que llevé los días como pude y aguanté hasta que volvió a llegar el día de partir.



## Capítulo 8

¡Iba a volver a verlo!

Y era una idiota redomada...

Tenía unas ojeras impresionantes de no haber dormido nada la noche anterior. Todo por los nervios de volver a encontrármelo, tenerlo cerca, besarlo a escondidas, olerlo... Así había pasado las últimas horas, soñando con el momento de reencontrarnos.

Fue como un jarro de agua fría llegar a la sala donde se encontraban ya mis compañeros y no verlo allí. Aún no había llegado, eso, en parte, me vendría bien, podría intentar relajarme mientras esperaba a que entrara por la puerta.

—No creo que eso te guste.

—¿El qué? —pregunté a Megan. Estaba preparándome un café mientras ponía en orden mis pensamientos.

—La sal no queda muy bien con el café —me explicó como si fuera idiota.

Miré hacia abajo y me quedé con la mano a medio camino de elegir el bote de la sal para echarlo en mi taza de café.

—Mierda, no dormí bien —lo dejé sobre la mesa y cogí el del azúcar.

—No hace falta que lo jures, ¿también te quedaste sin anti ojeras? —bromeó.

—Qué graciosa —refunfuñé—, una mala noche la tiene cualquiera.

—¿Nervios por verlo?

—Más que eso —reconocí—, parezco una quinceañera.

—La verdad es que sí —sonrió tristemente— y espero que sepas cómo llevar esto.

—¿Llevar qué?

Pero ya no hacía falta que me explicara, ya había seguido su mirada y lo vi, al lado de ella. Porque esa no podía ser otra que...

—Hola, chicos. Ella es Rebeca, mi mujer —dijo de la forma más natural agarrándola por la cintura. — Nos va a acompañar en este viaje. Espero que me la tratéis bien —bromeó guiñando el ojo.

Todos la saludamos uno por uno, presentándonos, dándole dos besos, no me había sentido más incómoda e idiota en mi puñetera vida. Pedí permiso para esperarlos fuera, necesitaba fumar un cigarro, más de uno entendió mi aptitud, pero a mí me daba igual, solo quería salir de allí.

¿Su mujer aquí? ¡No! Mala suerte la mía, pero... ¿Cómo se le ocurría traerla después de lo que había pasado entre nosotros? Di una calada al cigarro mientras negaba con la cabeza. Seguro que se había arrepentido de lo que había pasado y quiso traerla para dejar claro quién era ella y a quien pertenecía él, otra cosa no se me ocurría.

Minutos después salieron todos, apagué el cigarrillo y me monté en la furgoneta, todo el camino hasta la terminal solo se le escuchaba a ella hablar con Lizz.

¿Tonta? Más que mandada a hacer, no la aguantaba, iba de Paris Hilton o aun peor, de la mujer del comandante, como si fuera todo un trofeo en la vida, solo de escucharla me producía asco, me daban ganas de volverme y decirle que yo me había follado a su marido unas cuantas, de veces, pero claro, me iba a tener que morder la lengua y mucho.

Megan y yo llevábamos primera clase, obvio que Rebeca iba ahí, así que imaginarse el vuelo que me dio la muy zorra, me daban ganas preguntarle si estaba preñada, porque tantos antojos... ¡No era normal!

Por fin aterrizamos en Cuba, en el aeropuerto internacional José Martí, en la emblemática ciudad de La Habana.

Nos llevaron al hotel, esta vez en pleno Malecón, muy cerca de la plaza vieja, nada de resort de todo incluido, pero nosotros si lo teníamos todo pagado, la única diferencia que no estábamos en la playa, ni barras en las piscinas, ni ese aire a turista total que aportan los hoteles en primera línea de mar con la pulserita.



Me fui a la habitación, le dije a Megan que no me esperaran para cenar, tenía ganas de estar sola, me entendió perfectamente, me dio la sensación que empezaba a tomar yo el mismo comportamiento que Brenda, no me apetecía estar con ellos y con esa pija que era demasiado estúpida.

Me quedé en la habitación, pedí que me subieran un sándwich y un refresco, luego me tiré a descansar hasta que conseguí despertar temprano.

Bajé a desayunar, nada más salir de la habitación me encontré a Nelson y a Efrén, me fui con ellos hasta el buffet y me dijeron que se iban a perderse por la ciudad, les dije que me apuntaba y un rato después aparecieron los demás, cada uno tenía sus planes, Lizz se iba a casa de una amiga que tenía allí en la ciudad, iba a pasar el día con ella, Brenda decía que se quedaba en el hotel, Gabino que iba a ver a una amiga que solía visitar cada vez que venía, no hacía falta que dijera que iba a tirársela, Megan se venía con nosotros y según la mujer de Martín, ellos se iban a pasear y hacer algunas compras al mercado artesanal, imploraba que necesitan relax, yo necesitaba darle dos hostias y no iba diciéndolo, así que pase de ella.

Martín ni me miraba, solo se dedicaba a darle toda la atención del mundo... ¡Gilipollas, embustero! Cosa que me dio a entender que las cosas con ella no iban bien, por lo visto él tenía bipolaridad, no me cabía duda.

Nos fuimos los cuatros para perdernos por aquel centro de la ciudad, ese que tantas veces había escuchado hablar, me impresionaba todo, los grupos cantando salsa en la calle, la gente pese a su situación llevaba una sonrisa en la cara y esas calles coloniales que parecía que sus fachadas no estaban arregladas desde hacía decena de años, pero todo era magia.

Nos sentamos en una terraza y empezamos a pedir Mojitos, el sabor era especial, se notaba que estaban hechos en el lugar de origen, mucha hierbabuena, además de alguna hormiga dentro del vaso, pero eso nos daba igual.

Nos tiramos todo el día bebiendo, Efrén y Nelson no paraban de mirar a todas las bellezas caribeñas que pasaban ante sus ojos, yo me ponía a hablar con Megan, ella entendía mi dolor, estaba pendiente a mí, intentaba animarme.

Volvimos al hotel a las doce de la noche, un poco achispados, ahí ya me estaba riendo, no pensaba pasarme el día jodida por culpa de aquel picaflor.

Me costó dormir, no sé en qué momento lo conseguí, pero lo hice...

Por la mañana bajé a desayunar, solo estaban Efrén, Nelson, Megan y yo... los demás seguirían su rutina o haciendo lo que le salieran de las narices, pero prefería no tener sorpresas.

—¿Nos vamos hoy a la playa? —preguntó Nelson.

—No estaría mal —respondió Megan, Nelson y yo afirmamos con la cabeza.

Así que preparamos todo y cogimos un taxi que nos llevó a las playas del Este. Pasamos el día allí revoleados, comprando cervezas y comida en el restaurante que allí había, nos quedamos hasta caer la tarde que cogimos otro taxi y nos dejó por el malecón, donde fuimos a cenar algo antes de volver al hotel.

Echaba mucho de menos a Martín, pero cada vez tenía más claro que aquello era un punto y final, su doble cara, su forma de hacer las cosas, no quería volver a caer más en sus redes, me costara lo que me costara, no pensaba volver a tener nada con él, no sabía si sentía odio, pero esa sensación no era muy bonita, era evidente que sentía por él, pero el dolor, me hacía sentir mucho rechazo.

Al día siguiente apareció con ella en el desayuno, nos íbamos a ir a estar por la parte vieja, sorprendentemente dijeron que se venían, por poco me da algo,

estuve a punto de inventarme algo y quedarme en el hotel, pero sabía que iba a dar el cante y seguir con la misma línea de Brenda y un día sí, pero lo mismo siempre... ¡No! Así que, con toda la rabia y malas ganas, me fui con todos a pasar el día callejeando.

Martín ni me miraba, es como si yo no existiera, su mujer en cambio era un coñazo, todo el día contándonos los maravillosos regalos que le hacía su marido y lo gran padre que era. Menos mal que no habló de sexo, pues no me hacía falta que me explicara de cómo era en la cama.

Por fin se terminó aquella parada en Cuba, ya se terminaba todo y volvíamos de regreso a España, esta vez no con la ilusión del nuevo viaje, que, aunque no fuera con ella, pero para mí, ya nada iba a ser lo mismo.

Megan intentó consolarme toda la vuelta, sabía que lo estaba pasando mal, pero le dije que no se preocupara que era cosa de días, que para la próxima ruta volvería nueva.



## Capítulo 9

¡Imbécil! ¡Más que imbécil!

Si pudiera, me pegaría a mí misma.

¿Se podía ser más idiota? La verdad es que no. Solo a mí se me ocurría aceptar tener algo con alguien casado que, cuando menos lo esperaba, aparecía con su esposa y había pasado de mi cara. ¡Como si yo no existiese!

Idiota...

Me levanté por fin de la cama. Llevaba dos días en casa y me la pasaba de la cama al sofá, con una mala leche impresionante y sin apenas hablar. Contestaba a todo con un “hmmm”. Lo que fuera con tal de no abrir la boca. A

saber, lo que era capaz de soltar por ella. La protagonista del cuento que escupía sapos y culebras iba a quedarse en una santa a mi lado.

—Cariño, el café —dijo mi madre al verme aparecer por el salón.

—Hmmm... —le cogí la taza de las manos, me lo bebí de un sorbo y se la devolví vacía.

—Hija, qué humor me traes. ¿Adónde vas? —preguntó al ver cómo me acercaba hasta la puerta.

—A la mierda —refunfuñé—, a la mierda me voy.

Y cerré de un portazo. Estaba a punto de explotar y yo sabía que necesitaba hacerlo, tenía que desahogarme antes de que todo se saliera de control.

No había llegado a la calle cuando le mandé un mensaje a Alba, tenía que verla. Me importaba poco que estuviera trabajando, que se inventara una excusa. Así que usé la palabra clave en situaciones como esa: “Desastre”. Vale, el mensaje no era muy original, pero era nuestro código para saber que de verdad alguna de las dos tenía un problema. Y si no recuerdo mal, creo que es la primera vez que yo la usaba.

Así que no me extrañó que, cuando llegué al bar de siempre, ella ya estuviera allí. Con cara de preocupada.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Y por qué no me has llamado hasta ahora? —terminó recriminándome.

—No quería molestar —tomé asiento frente a ella y pedí un café.

—Y yo no quiero amigas idiotas y las tengo, qué le vamos a hacer — dijo sarcásticamente.

—Hoy puedes insultarme todo lo que quieras, me da igual. Es más, me lo merezco.

—¿De qué estás hablando?

—Llegó con su mujer. Maldita sea, Alba, apareció con su mujer.

—¿El comandante?

—¡¿Quién si no?! ¿Has dormido bien? Lo digo porque no tengo paciencia para explicar cosas evidentes.

—Ey, relájate y deja el mal humor para otro.

—Lo siento —dije sinceramente.

—No pasa nada. Y ahora explícame, ¿cómo que con su mujer?

—Pues eso, con su mujer. Es casado.

—Oh, Dios...

—Sí, eso mismo dije yo cuando me lo tiré —y me golpeé mentalmente por recordar cómo era en la cama. Maldito...

—¿Te lo tiraste?

—¿Quieres hacer el favor de centrarte? —gemí.

—No, joder, lo intento. Pero ¿por qué será que no te sigo? No me has contado la mitad.

—Te lo he dado a entender —me defendí e ignoré su cara de reproche—. Lo que sea —le quité importancia a no haberla mantenido al tanto—. Llegó con su mujer y ¿sabes qué?

—¿Qué?

—¡Ni me miró! Ha pasado de mi cara, ¡como si yo fuera invisible!

—Pues lo normal si tiene a su mujer delante. Está bien —mi amiga levantó las manos en señal de rendición cuando la maté con la mirada—. ¿En qué pensabas, Amanda, por Dios? ¡Un hombre casado!

—Dilo más fuerte que los de la mesa del fondo aún no te oyeron —resoplé.

—Bueno, es que no sé qué esperas. Porque pensar está claro que no lo hacías.

—No demasiado...

—Cuando te decía que necesitabas sexo, no me refería con alguien que ya tenía pareja. ¿Pero estás loca?

—Pero bueno, ¿tú de quién eres amiga?

—Tuya, por lo menos por ahora. A no ser que te asesine por ser tan

imbécil.

—Vaya, yo también te quiero.

—Joder, Amanda, es que no sé qué pasó por tu mente para hacer algo así. Nada, eso fue lo que pasó, ¡qué malos son los calentones!

Le di un sorbo al café y suspiré pesadamente.

—Vale, lo siento —dijo mi amiga—. Es solo que eres tan...

—¿Tan qué? —la miré con desconfianza.

—Mojigata, tímida, mosquita muerta... Tan tú que no pensé que pudieras perder la cabeza así.

—Ya eso ni importa.

—No, claro, por eso tienes esa cara.

—De impotencia. Pero no por reprocharle a él nada, sí por odiarme a mí misma.

—Todos cometemos fallos, no seas tan dura —intentaba animarme.

—No pensé, me dejé llevar. Y él viene con su mujer, como si lo nuestro no hubiera sido nada. Y yo sabía todo esto, pero aun así pensé...

—Que dejaría todo por ti —terminó mi amiga por mí.



—No... Sí. Ay, no sé —dije agotada— Pero la única culpable soy yo por haber entrado en el juego.

—Con olvidarlo es suficiente, no tienes que machacarte tampoco. Ya metiste la pata, un buen polvo, nada más.

Me mordí el labio inferior intentando evitar que las lágrimas salieran de mis ojos.

—Porque solo fue un polvo, ¿verdad?

—Hmmm...

—¿Te enamoraste?!

—¿Un poquito? —dije poniendo los dedos juntos, como para enseñarle qué poco.

—Madre mía... ¿Y ahora qué?

—Nada —negué con la cabeza—. Solo fue eso, una estupidez. Él también lo ha dejado claro con su actitud. Y yo... Bueno, podré con eso. Lo olvidaré, no volveré a mirarlo a no ser que sea por trabajo y...

—Te lo volverás a tirar.

—¡Exacto! Espera —me callé de repente— ¡¿Qué?! ¡No!

—Ni na... —insistió mi amiga.

—No me conoces si crees eso.

—La que no te conoces eres tú si piensas que ahora que estás enamorada, lo vas a ignorar. Vas a caer a la primera palabra, con la primera mirada.

—Ni en broma.

—¿Qué te apuestas?

Nada, no apostaba nada. Porque ¿y si ocurría?

No, eso no podía ser, yo estaba decidida a olvidarlo, a pasar de él. Lo iba a ignorar y a demostrarle que conmigo no se jugaba. Y que se quedara con su mujer, a mí no me importaba.

Estaba decidida y al día siguiente, cuando lo volviera a ver, me demostraría a mí misma de qué era capaz.

O eso esperaba...



## Capítulo 10

Llegué a AirTak, esta vez con una cara de pocos amigos y dispuesta a ignorar al gilipolla del comandante.

Entré y estaban todos, no es que llegara la última, pero allí parecía que iban a perder el avión, se colaban demasiado pronto.

Saludé y Martín lo hizo de lo más simpático, ya estaba otra vez diferente, pero no le hice ni caso, me preparé un café y me lo llevé afuera, quería fumarme un cigarro mientras los esperaba.

Sabía que quizás ahora iba a volver a buscarme en el destino, pero se iba a comer un mojón, no pensaba ser su marioneta, o al menos, intentaría no serlo, no confiaba en mí, era tan tonta que quizás volvía a caer en sus brazos.

Salieron todos y nos montamos en el furgón, Efrén estaba emocionado, le encantaba Miami y claro, ese era nuestro próximo destino.

El vuelo se me hizo de lo más largo y pesado, Megan intentaba entretenerme, pero estaba mal, me sentía jodidamente mal.

Cuando llegamos a Miami no estaba ni pendiente a lo que veía de camino al hotel, escuchaba a todos bromeando, el que más Martín, eso sí, Brenda como

un gato de escayola en un rincón callada, en algunos momentos me veía reflejada en ella, con la diferencia de que yo sí que me había acostado con él.

El hotel estaba en una gran avenida, frente a Miami Beach, lleno de cuerpazos que iban patinando o haciendo deporte, con ese calor, no sabía ni de donde sacaban fuerzas ni ganas.

Quedamos en cenar en el restaurante que estaba pegado al hotel, así que dejé todo en la habitación, me duché, me cambié y descansé un rato, solo quería llorar, tenía una sensación bastante extraña.

Cuando bajé estaba Martín hablando con Gabino, me sonrieron y me pusieron una cerveza en la mano, estaban en la barra y ya había una para cada uno.

—Gracias —dije sin mirarlos.

—La que tú tienes —dijo sonriente Martín, pero a mí me sentó como un ataque, al menos todo lo veía así.

—No soy ningún payaso.

—Nadie dijo eso...

Llegaron los demás y nos fuimos para la calle, en busca de ese restaurante que ya ellos conocían, así que yo iba al lado de Megan y más callada que todas las cosas, mi cara despedía gente.

La cena la pasaron bromeando, Martín se dirigía a mí en todo momento, yo pasaba de él, como si no fuera conmigo, lo de la mujer le iba a costar muy caro.

Aguanté la cena como pude, me hubiera gustado irme antes, no lo aguantaba, su risa me parecía una falta de respeto después de lo que me había hecho.

Nos despedimos todos en el lobby del hotel, quedando en desayunar al día siguiente, ese día estábamos todos cansados del vuelo, así que nos fuimos pronto a la habitación.

Llegué me puse cómoda y encendí el wifi del móvil, me puse a escuchar un poco de música, no me apetecía más que llorar, en poco tiempo ese hombre había cambiado mi vida, con lo tranquila que yo estaba.

—¡Ya voy! —resoplé cuando volvieron a llamar a la puerta.

Acababa de llegar a mi habitación y... ¿quién demonios sería? Era tarde para andar molestando nadie. Iba a mandar directamente a la mierda a quien fuera.

Pero todo el aire que había cogido mientras abría la puerta para empezar a soltar una lista de insultos, se me quedó estancado en la garganta al ver quién estaba frente a mí.

—¿Pero qué...?

No me dio tiempo a decir nada más. Martín ya estaba encima de mí, devorando mis labios con un ansia impresionante.

—Cómo eché de menos besarte —dijo cuándo separó nuestras bocas.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba estar contigo —otro beso—. Quería besarte —otro beso, haciéndome andar para atrás y cerrando la puerta de un puntapié— Necesito estar contigo —otro beso...

—Martín, para —me deshice de él como pude, separándome, necesitaba espacio entre los dos— ¿Qué quieres?

—Ya te lo dije.

—Sí, y eso no es respuesta. Yo no juego a eso.

—¿Jugar? —preguntó extrañado.

—En el último viaje ni me miraste. Estabas muy ocupado con tu mujer —dije amargamente, no podía olvidar cómo de mal me hizo sentir aquello.

—No es lo que piensas.

—No, claro que no. Yo no he sido un simple polvo sin importancia al que desechar y no tiene ni un lugar en tu vida cuando ella está cerca.

—Amanda, las cosas no son así.

—¿No? ¿Qué excusa hay? —me crucé de brazos.

—Tuvimos una pelea, me estaba volviendo loco y no tuve más remedio que aceptar llevarla conmigo. Pero nada más.

—Martín, vi cómo os comportabais el uno con el otro, respétame al menos y no me hagas sentirme más idiota.

—No digas eso. Lo que viste solo fue un papel. Nada más. Entre ella y yo no ha pasado nada, no la he tocado desde hace meses. Y no he pensado en nadie desde que estás tú.

—No creo nada...

—Tienes que hacerlo —se acercó a mí y cogió mi cara entre sus manos—. Solo tienes que sentir cómo estoy aquí, cerca de ti. Te deseo, te necesito. No nos niegues eso.

—No seas injusto.

—Lo seré si con eso te tengo cerca.

—Eso es egoísta —le recriminé.

—Egoísta también es negarnos a los dos lo que deseamos. No lo hagas, Amanda. Confía en mí.

—Como si me hubieras dado razones para que lo hiciera —reí irónica.

—Ninguna —beso—. Pero déjame demostrártelo —otro beso—. No sabes cómo he pensado en ti —otro beso.

—Martín... —ya no era una queja solo, también llevaba algo de súplica, pero porque siguiera.

—Déjame demostrarte lo importante que eres para mí.

¿Con sexo? Fui a preguntar, pero ya sus labios tapaban los míos. Sin dejarme respirar, borrando, como siempre, cualquier pensamiento sensato por mi parte. Reduciéndome a una simple marioneta del deseo. A un instinto primario por satisfacer: que me hiciera suya de nuevo.

Eso era lo único que pensaba mientras estaba entre sus brazos. En ese momento su mujer no existía, él era mío. Temblaba por mi toque, gemía por

mis besos...

Y llegaba al orgasmo solo conmigo.

Me mantuve abrazada a él cuando hicimos el amor, ambos relajados, sin hablar. Él acariciando mi espalda y yo, a la vez, su torso.

—No es fácil para mí —susurré, reconociéndolo.

—Lo sé —suspiró—. Tampoco para mí. Pero lo único que me ha animado a seguir estos días, es el poder tenerte cerca.

—Martín. Estás casado y...

—Olvida eso, al menos esta noche. Estamos juntos, eso es lo que cuenta.

Ambos sabíamos que las cosas no eran tan sencillas como él las estaba intentando hacer ver. Pero yo había vuelto a caer en sus brazos y volvería a hacerlo de nuevo. Porque, aunque para él yo no significara nada, él sí lo hacía para mí.

—Es tarde —dije con la esperanza de que se marchara y me dejara pensar en paz.

—Sí, debemos descansar.

—Sí... insistí.



Pero él se acomodó. Me giró y se colocó a mi espalda, abrazándome por detrás y me dio un beso en la cabeza.

—Descansa, preciosa.

¿Qué descansara? ¿Iba a dormir conmigo?

—¿Vamos a hacer la cucharita? —pregunté entre incrédula y muerta de la risa.

—Shhh... Descansa, amor.

Apreté los labios sin saber si decirle que se marchara o reírme a carcajadas. No sabía cómo lo había hecho, pero volvía a tenerme junto a él. Y durmiendo juntos. Si eso no era estar total e idiotamente enamorada, ya no sabía qué lo era.

Así nos pasamos los siguientes días en Miami, acostándonos juntos y despertando también, nos alejamos de la tripulación, estábamos siempre solos, nos lo cruzábamos de vez en cuando y nos sonreían, entendían que queríamos estar a solas, menos Brenda, esa nos miraba con cara de querer matarnos, en el fondo la entendía, pero yo no tenía la culpa de que Martín no se hubiera fijado en ella.

La última noche fue muy especial, me llevo a un lugar precioso a cenar, luego me regaló un anillo que había comprado en la joyería del hotel.

—¿Por qué esto? —pregunté emocionada al ponérmelo en el dedo.

—Quería que cuando te mirases el dedo, te acordases de mí.

—Gracias —dije emocionada.

—Necesito tiempo, pero no quiero que te vayas de mi vida.

—¿Tiempo para qué? —estaba intrigada.

—Tiempo para resolver mi vida...

—No te entiendo.

—Tiempo, Amanda, solo tiempo...

—Vale.

No sabía si se refería a arreglar su vida y formar una conmigo, solo que estaba enamorada de él y quería intentar estar a su lado.

Esa noche fue mágica, la pasamos despiertos hasta las tantas, abrazados, dándonos mimos, con una sensación de ser la mujer más feliz del mundo.

En el vuelo de vuelta Megan se quedó mirando la mano, le sonreí y lo entendió, no me hizo falta explicarle más nada.

Cuando bajamos del avión Martín me cogió por la cintura y me dio un beso en la mejilla, se acercó a mi oído y me dijo que por nada del mundo lo olvidase. Sonreí y me fui como una niña chica a la que le dicen lo que tanto desea escuchar.



# Capítulo 11

—¿Qué es esta vez?

—Yo también me alegro de verte.

Tomé asiento, como siempre, frente a Alba. Había llegado el día anterior a casa y había quedado esa tarde con ella para vernos y pasar un rato.

—No seas tonta, pero traes una sonrisa de idiota en la cara que me da miedo preguntar. Tenía razón, ¿verdad?

—Es perfecto, Alba. Dios, es que lo adoro —dije soñadoramente, como si estuviera en una nube.

—Y tan perfecto, como que está casado. ¿O hemos olvidado ese pequeño detalle?

—No —bajé de la nube y miré a mi amiga con sinceridad—. Pero las cosas no son como creíamos.

—¿Está divorciado?

—No —fruncí el ceño.

—Entonces no entiendo qué ves diferente.

—Su matrimonio está muerto. Me ha pedido tiempo y yo...

—Y tú crees que dejará a su mujer y volverá contigo.

Bajé la mirada y suspiré. No había ido para escuchar reproches, necesitaba que me apoyaran, necesitaba fuerza. Y Alba era mi mejor amiga. Aunque yo la conocía bien y sabía que era bastante sincera con respecto a sus opiniones.

—Amanda, mírame —lo hice y ella me sonrió—. Yo no voy a juzgarte ni quiero bajarte de esa nube de esperanza y felicidad. Pero tampoco quiero que sufras. Solo intento que tengas los pies en el suelo y no las expectativas demasiado altas. No mientras que él esté casado.

—Lo hago, Alba, te prometo que lo hago. Pero no puedo evitar soñar con que quizás... —negué, me había venido debajo de repente.

—Ese quizás tal vez se convierta en realidad. Pero prométeme que mantendrás la cabeza fría, no quiero verte destrozada o sufriendo si no sale como esperas.

—Me enamoré como idiota.

—Lo sé —agarró mi mano, miró el anillo unos segundos y me dio un apretón—, y seguro que él también de ti, no lo dudo. Pero su situación no es fácil, con que entiendas eso...

—Lo entiendo, de verdad. Pero confío en él.

—Eso sí que me asombra oírlo.

—Nunca sentí por nadie lo que siento por él y yo sé que él es sincero. No sé exactamente para qué me ha pedido tiempo, pero mi intuición me dice que lo crea. Por más que veáis todos, solo yo sé lo que vivo cuando estoy con él. Y por más enamorada que esté, no estoy tan ciega como para no ver las cosas. No sé si me estoy explicando.

—No mucho —bromeó—. Si lo quieres, entiendo que luches por él. Y nunca permitas que nadie, ni siquiera yo, te diga lo contrario. Eres tú la que vive esa historia y yo, como amiga, respetaré tus decisiones. Solo prométeme que esa misma fuerza que tienes para esperar y mantenerte con un hombre casado, la tendrás si todo termina y tus ilusiones se hacen añicos.

—Lo prometo —dije con la mano en el corazón y una gran sonrisa en los labios.

La entendía, sabía que todo eso era porque estaba preocupada por mí. Pero también que iba a apoyarme, tomara la decisión que tomara.

Pasé la tarde con ella, riendo y contándonos qué había pasado en esos últimos días sin vernos.

Pronto volvería a irme y necesitaba hacerlo relajada y con las energías recargadas. Solo Alba podía ayudarme a eso. A mi madre, por mucho que confiara en ella, aún no podía decirle nada. No sabía cómo iba a tomarse la noticia de que su hija, a esa que le había intentado inculcar unos fuertes valores, los había echado todos por la borda al enamorarse de un hombre casado.

Seguramente, después del shock, me entendería, pero no iba a darle ese disgusto hasta tener la seguridad de qué era lo que iba a hacer Martín y para qué, exactamente, necesitaba ese tiempo que me pidió.

Estaba casi dormida esa noche en mi cama cuando mi móvil sonó con un mensaje de WhatsApp.

***“No sabes cuánto te echo de menos y las ganas que tengo de verte. Nos quedan pocas horas y te voy a comer a besos. Descansa, preciosa y sueña conmigo”.***

Si eso fuera una obra de teatro o una serie de televisión, se habría escuchado un “Ohhh...” del público, el mismo que expresé yo mientras me quitaba un par de lágrimas de los ojos.

***“Yo también te echo de menos”.***

Me puso un emoticono de un beso y un guiño de ojo y yo volví a derretirme. ¿Cómo no iba a estar más que enamorada de ese hombre? Necesitaba tenerlo cerca. Tocar, besar, acariciarlo... Sentir que todo lo nuestra era real.

Pronto lo haría, pronto volveríamos a estar juntos. Quedaban pocas horas, pero a mí se me iba a pasar el tiempo demasiado despacio.

Puse el móvil en silencio y lo dejé en la mesilla de noche. Abracé en la almohada y, como una quinceañera más, me dormí pronunciando su nombre. ¿Enamorada? Idiotizada es lo que estaba...



## Capítulo 12

Por fin, ya volvía a volar junto a mi amor.

Llegue al edificio y allí estaba, se acercó a mi sin importarle quienes estaban y beso mi mejilla, luego me dijo lo guapa que estaba.

Me dejó sonrojada, pero algo me decía que ese viaje sería especial.

El vuelo lo pase mirando el reloj, estaba deseando aterrizar en Cancún. Ese destino me hacía especial ilusión y pasarlo con él más.

Cuando llegamos y el salió de cabina, me sonrió y se acercó a mí.

—¿Dispuesta a pasar los mejores días de tu vida?

—Claro... — dije tímidamente.

—Esta vez no había mucha disponibilidad en el mejor hotel, así que pedí una suite para los dos —dijo como el que no lo había hecho a posta.

— Ya... — solté una risa nerviosa.



Llegamos al hotel y nos dieron nuestra habitación, advirtió a Gabino que estuviera atento a la tripulación que nosotros estaríamos desaparecidos hasta el último día, él afirmo con la cabeza sonriendo, yo quería que la tierra me tragase, pero en el fondo deseaba estar con él por encima de todas las cosas.

Nos duchamos juntos y luego nos fuimos a cenar por la ciudad, esa preciosa ciudad que tanto había soñado, siempre me llamó mucho la atención el caribe y ahora estaba conociendo todos los rincones que tanto había deseado.

— Le he pedido el divorcio a Rebeca —dijo mientras cenaba.

Me quedé blanca, no sabía ni que responder, el siguió hablando.

— No se lo ha tomado muy bien, pero sabe que lo nuestro era la crónica de una muerte anunciada.

— ¿Y vuestro hijo? —pregunté preocupada.

— Él siempre será mi hijo, la persona más importante de mi vida, lo veré todo lo que pueda...

— Entiendo...

— Hacía mucho tiempo que entre nosotros las cosas no funcionaban, pero me hizo falta que aparecieras tu para darme cuenta que es lo que quería en mi vida.

— ¿Y qué quieres?

— Tiempo, lo sabrás sin preguntas, los momentos te darán las respuestas —cogió mi mano y la besó.

Nos fuimos a una discoteca, nos hartamos de Coronitas, algún que otro chupito de tequila con limón y sal, bailamos y me sorprendió lo bien que lo hacía, ese

hombre me tenía cada vez más enamorada.

Por la mañana me dijo desayunando en el hotel que tenía una sorpresa para mí, que en un rato la descubriría.

Salimos del hotel y abrió un coche, lo había alquilado, me hizo señas para que me montara.

—Lo bueno de esta zona es que no hay peligro, es el Caribe más tranquilo de todo lo que hemos pisado —dijo poniendo su mano sobre mi rodilla.

—¿Conoces este lugar bien?

—Mejor que Madrid...

—Ajam...

—Vamos a ir a un sitio espectacular, cada día te llevaré a uno diferente.

—¡Me gusta la idea!

Me llevó de cenote en cenote, unos lugares en medio de la selva con aguas cristalinas, unas maravillas naturales, en la zona de la península de Yucatán, el agua muy fresca, pero invitaba a bañarse.

Fuimos a cuatro, entre medio parábamos a comer o tomar algo, la última parada fue en playa del Carmen, en la famosa Quinta avenida, nos fuimos a un restaurante de especialidad mexicana a cenar.

—Me encanta este lugar, está entre mis preferidos— dije mirando toda la avenida, pero refiriéndome a ese rincón de la rivera maya.

—A mí también, esto lo tiene todo, es la joya del caribe.

—Pues sí, es espectacular, me encantará descubrirlo en cada viaje.

—A mí me encantará enseñártelo.

Parecíamos una pareja consolidada, él no paraba de agasajarme con mimos y cariños, me trataba con todo el amor del mundo y yo flotaba en mi particular nube.

Al día siguiente nos fuimos a un mercado típico de Cancún, me compró un precioso collar de cuero con una tortuga de colgante en plata, hecha a mano, preciosa, me la puso al cuello, me sentía con el collar y el anillo la mujer más afortunada del mundo, no quería que por nada del mundo acabara ese viaje, pero como todo tenía que hacerlo.

Los dos siguientes días lo pasamos en el hotel, la playa era espectacular y el resort tenía de todo, de vez en cuando escapábamos a la habitación a descansar un poco y dejarnos llevar por la pasión que sentíamos el uno por el otro.

Antes de volver a España él me agarró la cara y me hizo que lo mirara.

—Confía en mí, no te sentirás nunca sola.

Afirmé con la cabeza como respuesta. Nos fundimos en un abrazo y bajamos a reunirnos con la tripulación y hacer el vuelo de vuelta.

Megan me interrogó toda la vuelta, no me atreví a contarle lo de su divorcio, era algo que él tenía que contar si quería, pero por mi cara y colgante, ella se daba cuenta que ahí había algo más que un affaire.





# Capítulo 13

Abrí los ojos como platos cuando entré en casa y olí las albóndigas de mi madre. Dejé la maleta en medio del pasillo y salí corriendo hacia a cocina. Tras gritar un ¡Ya estoy en casa! y abrazarla, me senté rápidamente esperando probarlas. Dios, cómo me gustaban.

Mi madre rio y se sentó a comer conmigo, hasta tuvo que ayudarme después a levantarme de la silla de la cantidad de comida que había ingerido. Era como una albóndiga humana, si me tropezaba, caería rodando.

—No pienso comer más albóndigas en mi vida —me quejé al dejarme caer en el sofá.

—Siempre dices lo mismo —volvió a reír.

—Es que no controlo, es una obsesión.

—Después te quejarás por no poder moverte —me recordó, siempre me pasaba lo mismo.

—No tengo nada que hacer, así que no pienso mover el culo del sofá las próximas horas, ya se queme el edificio —dije bromeando.

Llamaron al timbre y miré a mi madre, no iba a moverme.

—Bonita manera de tratar a una madre —refunfuñó ella antes de levantarse.

Me acomodé más, dispuesta a dormir una siesta. Eso era vida... Eso y que no podía moverme. No creo que hubiera nada en este mundo que lo consiguiera.

—Hola, ¿qué desea? —escuché preguntar a mi madre al abrir la puerta.

—Hola, soy el prometido de su hija.

En ese momento descubrí que no solo podía levantarme después de hartarme de albóndigas, si no que mi teoría de rodar al caerme también era cierta. Menuda leche me di...

Llegué junto a mi madre cojeando y con la boca abierta, no me lo podía creer.

—Martín, ¿qué haces aquí?

—¿Así me presentas a tu madre?

—Un poco más y te tiene que avisar ella de que me he muerto —me quejé por el dolor del golpe—. Mamá, él es Martín.

—¿Tu prometido? —preguntó ella.

—Y mi comandante —dije torciendo el gesto.

Ella me miró, y lo miró. Y me volvió a mirar... Y yo estaba temiendo su reacción cuando las piezas del puzle se colocaran perfectamente en su cabeza.

—Ya veo... —fue todo lo que dijo.

Volvió a mirarlo a él, quien le regaló una sonrisa de oreja a oreja y vi cómo así, ya se había ganado a mi madre. Increíble.

—¿Comiste? ¿O te apetecen unas albóndigas? —preguntó ella tras señalarle con la mano que entrara.

Cuando lo hizo, me abrazó con fuerza y me besó, sin importarle que no estábamos solos.

—No pienso volver a separarme más de ti —dijo antes de volver a besarme.

Y así lo hizo. Pasamos esos días juntos, como dos tontos enamorados que no eran capaces de dejar de tocarse. Yo seguía en la nube y Martín era más que perfecto.

Era demasiado feliz. ¿Sería eso real y la vida nos dejaría querernos? No iba a pensar en ello, solo iba a disfrutar el amor. Porque lo había encontrado en él y no estaba dispuesta a soltarlo.





# Epílogo

Habían pasado dos años de mi primer vuelo, hacía uno que vivía con él, nos habíamos comprado una preciosa casa a las afueras de Madrid, nos hacía más ilusión estar fuera de todo el bullicio. Sobre todo, cuando volvíamos de los viajes largos, necesitábamos la tranquilidad.

Me toqué la barriga, no me creía que estuviera a un mes de dar a luz, estaba deseando ver la cara de nuestro hijo. Su hermano también lo deseaba, pese a tener seis años, estaba loco con el hijo que iba a tener su papá. Yo también amaba a ese pequeñajo, tanto como si fuera mío, pero era obvio que él tenía a su madre, aunque teníamos mucho feeling y a mí me tenía enamorada.

— Te voy a echar mucho de menos —dijo Martín tocando mi barriga.

— Lo sé, pero pórtate bien —le saqué mi lengua. — Eres mi único amor, no necesito a mas nadie —me dio un abrazo. — Venga no nos pongamos dramáticos, en cuanto nazca nuestro bebé, comienzas tus vacaciones, dos meses para nosotros solos.

— Estoy deseando, recuerda no ponerte de parto estando yo fuera.

— Tranquilo, además mi madre... ya sabes, no se moverá de mi lado hasta que vuelvas.

— Lo sé, tengo la mejor suegra del mundo.

Lo vi marchar y sonreí, me senté en el sofá y suspiré. Mi vida a su lado era perfecta, se desvivía conmigo, tenía muchos detalles y cuando se venía su hijo con nosotros, también lo pasábamos genial. Yo no decía nada, pero ojalá ese niño fuera mío, era un amor, un encanto y nos adorábamos, cosa que a Martín eso le hacía inmensamente feliz.

Un mes después nació Eneko, para completar eso que en su día se transformó en “Un amor en el aire”.

